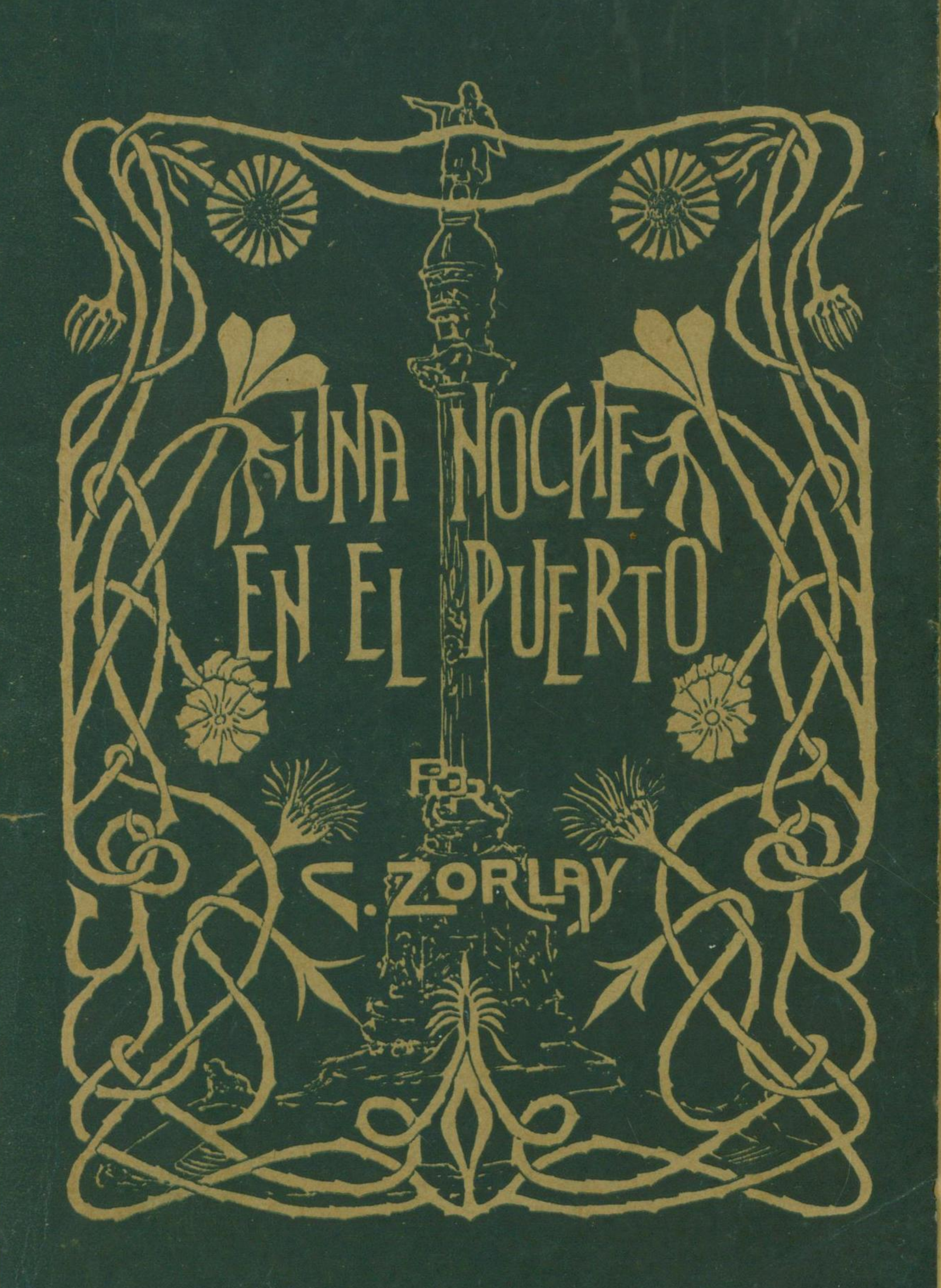

UNA NOCHE
EN EL PUERTO
POR
C. ZORLAY

UNA NOCHE EN EL PUERTO





Una Noche en el Puerto

EXORDIO

Al hijo de mi hermana Carmen, antojósele estudiar para náutico y aunque yo jamás creí que este oficio o carrera fuera muy productivo, accedí a sus reiteradas súplicas; y a mi natural condescendencia, debo el poder intentar la narración de una leyenda que se sostiene tan solo sobre las ménsulas de mi fantasía, impresiones que rematan la vaga idea que tengo del *edificio* Puerto.

NOVIOS Y LA CORBETA «LLORET»

Mi sobrino Paco concluyó los estudios con el provecho y merecimiento que permi-

te las escuelas náuticas de que gozamos, y apesar de ello me fué costoso el embarcarle para que hiciera las prácticas reglamentarias lográndolo solamente a cambio de pagar por su manutención dos pesetas diarias. Fué una noche cuando llevé a él y su embolumba de equipaje: sextante, libros, cartas marinas, catalejos y todo lo innecesario que el principiante de una carrera más ama, a bordo del «Lloret», bric-barca de hierro, cargada de teja y presta a partir rumbo a la Habana. Estaba amarrado de popa en el muelle del Rebaix y sin otra comunicación con tierra firme que gruesos cabos que no ofrecían ninguna comodidad para aventurarse pasar por ellos haciendo títeres. Gritamos, silvamos; al buen rato se nos acercó una lancha, decendiendo nosotros por los resbaladizos y estrechos peldaños como esculpidos en el muro; transportamos con ayuda del cochero todos los trastos, mas un colchón que le habían exigido si no quería dormir todo

el viaje sobre dura madera, y con toda calma y agachando la cabeza o recibiendo algún coscorrón contra un grueso cabo de esparto duro como el hierro y en medio de la mayor obscuridad, llegamos al costado del velero que por milagro tenía puesta escala real, pisando por fin la cubierta del «Lloret» que bajo la red de jarcias y cordajes más bien era para verse los gatos, que por ella transitar personas, que habían bien pocas, y menos corteses aun, pues ni recibirnos se dignaron. Mi sobrino me acompañó a lo que el motejó de cámara, agachándonos frente a un tambucho que según mi impresión era agugero en cajón copialzado en el que dentro habían peldaños sueltos de madera. Empezado, no terminé mi descenso por advertir lo importuno de nuestra visita, ya que una vieja dormitaba, y un mancebo fornido no despreciaba unos labios rojos y femeniles que a catarlos combidaban. Mi sobrino, inexperto aun, no reparó en cortar el

idilio, enterándome bien pronto que el joven era el piloto del buque, y suponiendo yó, que aquella linda muchacha era su prometida a juzgar por lo muy estrechitas que las manos tenían como comunicándose honesto juramento, sirviendo la madre dormilona de testigo.

ENTRE BUQUES Y TINGLADOS

Besé a Paco por despedirme; le dejé en el bolsillo de su americana algunas monedas y roguele no fuera perezoso en escribir... Al volver la espalda oí al piloto que cariñosísimo le invitaba irse a descansar en su camarote, que cuando fuere menester ya llamarlo habían.

Salté al bote, de él a tierra, y casi desorientado seguí a lo largo el muelle de la Barceloneta, por lo que podríamos llamar calzada de los puertos, limitada a un lado por las fachadas de ladrillo hidráulico y grandes puertas de hierro ondulado de los tinglados simétricos; y

en el otro vapores atracados de costado, tanto, que tocarles con la mano se podía. Escasos arcos voltáicos de violácea luz apenas desvanecían las sombras proyectadas por las grandes gruas eléctricas de medio portal. Nada acostumbrado yo pasar por aquellos lugares, metía aqui un tacón del zapato dentro el hueco de los rieles del ferrocarril empotrados al pavimentado; tropezaba alli con argollones, fardos de lona embreada o con pequeños andamios de caballete, y mas lejos, entre extremo extremo de tinglado que permitían un ancho pasadizo perpendicular al muelle, hacía rimbombar pesadas plataformas giratorias. Quizá esta era la primera vez que estaba en el puerto apesar de ser hijo de Barcelona, y haber exigido mis tareas periodísticas que a veces, escribiera sobre la importancia comercial de nuestro puerto: uno de los primeros del Mediterráneo, émulo de los de Sidon y Ostia... orgullo de nuestra raza etc, etc. Andaba despacio, abstraido con

todo lo incompensible que a mi alrededor tenía, hasta que llegué al lado de la verja que cierra el muelle del Depósito y seguí por su lado hasta la esplanada triangular junto al Paseo Nacional, placiéndome dar con mi bastón en los barrotes de la reja que continua en ángulo recto, y cuyo ritmo monótono corría parejas con mi ánimo. Pronto se terminó mi entretenimiento y vacilé entre si tomar un tranvía e irme al Tívoli a oir a alguna *afamada* canzonetista *gloria del arte español*, o continuar aburriéndome por la orilla del mar hasta la hora de acostarme. Obté por lo segundo, y no dismintiendo mi ubicuidad, ahora que era de noche que nada se podía ver, me entraron ganas de *impresionarme, inspirarme* y servir ello de tema para el artículo que el día siguiente escribiría para solaz de mis lectores ávidos de ilustrarse, encabezándolo con el sugestivo título: «La vida en el puerto».

No puedo asegurar cuanto ni por donde

anduve: se que quería fijarme por donde pasaba pero que para mi todo era exótico; que veía vagones de mercancías, rejas, cajas, estibas de sacos, vapores grandes como castillos fantásticos con sus chimeneas con oficio de atalaya, barcos de vela que se adivinaban por los mastiles incomensurables, compactos tinglados con aspecto de muralla inaccesible y rellena de aspilleras, gruas colosales, olores nauseabundos, acres, luces sueltas incapaces de marcar batimentos ni señalar términos: estaba tan poco identificado con todo ello que no podía forjarme otra ilusión sino que me encontraba dentro un gran cercado obscuro y lleno de armatostes gigantescos. Pasé por la puerta de la Paz y no me dí cuenta; seguí el muelle de Atarazanas y no noté su estructura diferente: en lugar de tinglados habían simples andenes abarrotados de mercancías.

DIGRESIÓN SOBRE LOS CONTRASTES

Al extremo del muelle de Atarazanas, vi se adelantaba perpendicularmente el anchuroso de Barcelona, notando al mismo tiempo, que terminaba el escuálido y negruzco edificio de la Aduana permitiendo percibir las luces del *Paralelo*, de donde me parecía llegar rumor de tangos y sevillanas del Arnau, Gayarre y el Recreo... risotadas y besos del café Sevilla, Apolo... walses vieneses del Nuevo y Soriano... Noté un contraste y facil fué creerme inspirado. Por diminuta molécula artística que poseamos, los contrastes nos emocionan; y como emociones escasean, hay que aprovecharlas si quiera sea para tener la vanidad de haber sentido como si fuéramos artistas de ley: Permanecí inmóvil y acodado sobre una estiva de fardos de yute: obté una *pose* adecuada y moviendo paulatimamente la cabeza como si las ideas

en ella concentradas fueran voluminosas; contemplé las tinieblas que envolvían al puerto, percibí la mole obscura, negra, del Montjuich odioso para todo terrestre y precisa marcación diurna para el navegante, vi extenderse por su falda una sarta de lucecillas marcando la solitaria carretera del Morrot, y deslumbróme la ráfaga luminosa del típico Paralelo, diciéndome mi espíritu maligno que allí a aquellas horas encontraría a la mayoría de mis amigos. Resumiendo: a un lado, muy cerca, flotaba la muerte el silencio, lo olvidado y desconocido, por los que quizá viviendo de ello reían y alborotaban en la luz, en donde empezaba la ciudad, la vida. Por otra parte, mi presunción me exigía pensara algo patético, algo retumbante, y de temperamento pronto me dicidí conocerlo fraudulentamente en una noche, en aquella precisamente; y a paso rápido me dirigí muelle de Barcelona adentro sin otro estímulo que notar la mayor

obscuridad de la dársena de San Beltrán y la silueta espectral de la escollera de levante, con diques, machinas, edificios: difumándose todo en las tinieblas absolutas de alta mar a donde mi fantasía me tentaba dirigirme.

NOCHE DE INVIERNO MEDITERRANEO

Calmosa era la noche, noche quieta que la niebla la abrigaba del frio de las regiones etéreas. Las luces exiguas de los buques se coronaban de debil resplandor. Ni un ruido. El ancho y prolongado muelle de Barcelona estaba solitario. Los escasos arcos voltáicos lo salpicaban de claro-obscuros medrosos. La neblina perezosa, neblina sedeña e inofensiva, se arrastraba por sobre los tinglados, por encima la lisa superficie del agua mansa, y permitía que el cielo se nos presentara completamente negro, como docel de terciopelo guarnecido de pequeñas lentejuelas.

Llegué al extremo E. del muelle, donde dentro de un cercado de valla de madera se alza el edificio destinado a desembarcadero de los grandes trasatlánticos italianos que tocan a nuestro puerto para enriquecerse con la carne humana que las compañias españolas no saben aprovechar. Anduve por aquella gran llanura, por la península cuadrilátera que forma; destacándose por la parte de la Dársena Nacional vapores varios en andana, y casi al extremo, en el mismo lado, multitud apiñada de balandros de recreo, aun que pocos y mezquinos para una ciudad como Barcelona. Junto a la terminación del muelle en el lado Sur, un pontón carbonero. Esto es cuanto se podía adivinar pues solo en el muelle de las Baleares había profusión de luces, destacándose sobre todas, la esfera luminosa del reloj majestuoso emplazado en el mismo lugar donde antiguamente estaba instalada la Capitanía del puerto, en tiempos que sus oficios eran mas

necesarios, cuando no la permitían el ridículo de tener sus oficinas en desvalijado piso de una casa de alquiler del paseo de Colón.

Todo puerto, y ahora que hablamos del de Barcelona y desde el lugar donde me encontraba que podríamos señalarlo como su centro, es triste cuando la noche lo envuelve. Es tristeza de cementerio inundado; quien por el transita siente el pavor de la soledad entre enormes máquinas que de antemano sabemos tenían vida. Al frio del hierro se une la humedad del agua y el hielo del silencio. El mas leve rumor nos sacude el corazón con inseguro presentimiento de tragedia: el gruñir de maderas del desvencijado pontón, un choque de lejana ondulación que se deforma en los primeros peldaños de las escaleras de piedra llenas de musgo, el chirriar de cadenas tesas, el crugir al estirarse los gruesos cabos de coco o geniquen, el clapoteo del agua entre los balandros y canots-automóviles, golpes de remo

sobre el agua, un choque como de un cuerpo que cae... quizá un grito, un suspiro de alguien que se ahoga... un aullido de sirena que de pronto retumba en el espacio.....

EL APARECIDO

Detrás de los grandes fardos, de estibas de mercancías, de barricas, me parecía, a cada momento, que alguien estaba escondido, que se aprovecharía de la soledad para atacarme... y lo ví, vile destacarse, no muy alto, mas bien flaco y que seguía cauteloso la orilla; que tan cerca del borde estaba que creí por un segundo que sus intenciones eran de suicidarse. Y procuré no ser visto y poder huir... aun que de pronto oí un grito prolongado, varonil... después otro.....

—¡Cristina!.... ¡¡Cristinaaa!!

Parecióme que una voz ahogada, sin eco y salida de la obscuridad respondiera... que un niño muy pequeño lloraba..... Pero de repente volví a fijarme con el aparecido para

tomar la defensiva; pero vi que nerviosamente llevó sus manos a la cabeza, que dió con el pie tremendos golpes en el pavimento como si intentara abrirlo y dejóse caer sobre un montón de bocoyes cubiertos por ancha lona embreada, húmeda, sucia... y oyósele sollozar.

Otro roncar de potente silbato de vapor estremece la tranquila niebla con sus vigorosas vibraciones, y tiembla por el espacio hasta chocar en el obscuro Monjuich que da mortecino eco. Es la voz gigante de un buque todavía anclado junto al muelle de las Baleares, es el «Torquemada» de la compañía de navegación trasatlántica «Hispania» que anuncia su próxima salida. Oyense después los bufidos de una maquinilla, ruido de cadenas y el engranar sus eslabones con el molinete que intermitente rueda.

SALIDA DE UN TRASATLANTICO

La silueta del buque se destaca por la profusión de luz que huye de su interior como de enorme caldera agugereada y llena de fuego. Bien pronto se aparta del muelle y sus resplandecientes luces de tope se adelantan junto con la gran mole que a cada momento toma mayor velocidad pasando frente a mi, por el canal que forman los muelles de Barcelona y Cataluña. Su paso es majestuoso y no pude menos de abstraerme momentáneamente en su contemplación. La arquitectura naval cuanto mas incomprensible es mas imponente. Su belleza moderna, belleza de perfección, aterroriza y parece ilógico que en sus entrañas vivan tantas personas, y que sin ellas efectue curvas sin chocar en parte alguna. Entre sus luces había una de verde: la que marca su lado de estribor que en su palidez parecía ojo de buho triste como si por ella se filtrara el alma de aquel

coloso. Oyóse un grito a proa, un cavernoso campanilleo del telégrafo, las palas de la élice giran vertiginosas levantando fosforecente espuma y la misma voz vuelve a gritar.

—Avante!

Otro repiqueteo de campanilla, cese y vuelta otra vez rodar la élice e imperceptiblemente casi oigo:

—Una mujer y un niño.....

No pude comprender nada mas y mientras un acentuado escalofrio me invade la médula, la mancha del coloso ha pasado, borrándose detrás el resplandor de su farol de popa, que parece una estrella arrastrándose por el mar que corre a unirse, allá en el horizonte, con sus compañeras.

Quedé inmóvil sin respirar, deseoso de descubrir algo y temeroso de saberlo, de que el corazón me obligase a realizar algún acto heróico que en aquellos instantes de terror y en lugar desconocido me hubiera sido imposible. Al cabo de un rato oyóse las explo-

siones de un motor, oyéronse mas cerca y bien pronto pasó casi bajo mis pies. El desconocido se había acercado donde yo me hallaba... un gesto de defensa se me escapa... el no repara y parece intente descubrir lo que hay entre las tinieblas.

Los que tripulan el canot discuten:

—Evidentemente es un suicidio.....

—Una infeliz que ha matado un desengaño.....

—¿Y ahora donde la dejaremos; en la puerta de la Paz?

—No, llevémosle allí donde nosotros. Podremos telefonear para que se persone pronto el juzgado.

El desconocido, cuando los tuvo bien cerca con voz ronca de ira y llanto rugió:

—Sois vosotros?.. tú... eres tú... tú eres el culpable del suicidio del angel que llevas en el bote... Ladrón!!

Y huyó, emprendiendo veloz carrera, quedando yó otra vez entre la soledad y el

silencio casi con penedimiento de mi deseo de inspirarme.

UNA MUJER Y UN NIÑO

Volví grupas y marché hacia la ciudad notando al poco rato que un carabinero venía algo presuroso, que se fijó mucho en mí acercándoseme todo lo posible. Avivé el paso dirigime a la ventura por el mismo camino que había venido, hacia donde me pareció adivinar que había ido el canot-automovil, pasando de nuevo por el muelle de Atarazanas, por la puerta de la Paz, donde en su escalinata de desembarque y en los atracaderos de los vapores omnibus, algunos dormitaban; y llegué a la calzada del muelle de Muralla encontrando por fin un pequeño grupo casi al extremo del primer cuerpo de edificio de tinglados junto al ancho pasadizo que hay frente la Plaza Medinaceli y donde están las oficinas de los prácticos.

Acerquéme, y sin ninguna dificultad, por

haber un arco voltáico en el ángulo del torreón del extremo de la fachada, pude ver que en el suelo, sobre un colchón y chorreando agua yacía una joven de unos veinte años, estatura mediana, delgada, ojos que en vida debieron ser demasiado grandes. Pero lo que mas a compasión movía era un niño a ella atada a la cintura con un pañuelo de hierbas a guisa de cuerda: niño de carita descompuesta, algo magullada, obligado a morir, arrastrado por el destino a inconciente suicidió. Seguramente la madre, la muchacha con serenidad criminal ató fuertemente al niño, para que de ninguna manera pudiera desprenderse. ¡Qué de terribles convulsiones se debieron suceder dentro aquel anillo de ropa!

Empezóse hablar quedo, con estrechez de corazón. Se hicieron mil conjeturas. Hubo quien maldijo a los ricos. Un viejo afirmó que era causa de la falta de religión. Una deshonra quizá?

En esto salieron dos hombres de las oficinas de los prácticos, uno de gordo y bajito y otro, mas alto y muy delgado.

—No, yo no digo eso; entendámonos— iba diciendo el gordo.—No es que yo prefiriera que los dejaran al agua, no; eso de ninguna manera. Pero si que me lamento que haya dado la casualidad que haya sido nuestro bote quien los ha recogido y que ahora tengamos que esperar al juez y dale con declaraciones y molestias... y este espectáculo nada agradable... ¿Comprende lo que quiero decir, Aracil?

—Si, si yo también pienso lo mismo que Vd.—repuso el aludido.—Pero es que no podía ser de otra manera. Como es natural yo estaba en el puente del «Torquemada.» Oigo que desde proa avisan que demos máquina atrás, los del bote chillan... Según parece el primer oficial notó que un bote estaba en la misma proa, al mismo tiempo que los del bote nuestro ven pasar un cuerpo y

se lanzan a salvarlo, encontrándoselo cadaver al tenerlo a bordo. El capitán del «Torquemada» enojado por los gritos que pudieron alarmar al pasaje, bajó al portalón para exigirles silencio subiendo otra vez al puente dando máquina avante. Al preguntarle que sucedía solo dijo: una infeliz que para curar su deshonra se ha suicidado con el crio. Pregunté mas detalles y los ignoraba. Bajé al bote y al reconocerla me pareció recordar estas facciones aunqne no puedo decir cuando la vi ni donde.

—Bueno, comprendo. Es claro que no se podía hacer otra cosa. Pero vosotros—añadió dirigiéndose a los tripulantes de la lancha, dos marinos no muy corpulentos y mudos de terror—decid bien pocas palabras: las justas y basta. Esto no es ningún salvamento y no vayais a aspirar ninguna recompensa.

—¿Y lo de aquel hombre que ha insultado en la punta del muelle de Barcelona, cuando

por alli pasábamos?....— observó uno de los marineros, el mas joven y malagueño puro.

—¿Qué es ello?— preguntó el práctico gordo y bajito irgiéndose como si tratara de escuchar una noticia sensacional.

—Nada—apresurose a responder Aracil —de esto no hay que decir palabra. Al fin y al cabo no tiene importancia alguna—y aparte a su compañero, cogiéndole por el brazo, y bien cerca al oido, aunque gritando un poco.—Pero es muy estraño: Hasta me ha trastornado. Jarsola estaba a la punta del muelle de Barcelona y al pasar nosotros a gritado desaforadamente: ¡Ladrón! tu tienes la culpa..... Para mi que era Jarsola.

—Lo creo malvado y loco; pero dudo que lo sea tanto. De todas maneras vale mas callar. ¿Y quiere decir Aracil, que no le ha parecido solamente, de que los gritos eran de Jarsola? Es que Ud. está tan acostumbrado a que Jarsola le critique y censure todos sus

actos, que hasta al hacer una buena obra tiene miedo.

—Es esto, es esto Sr. Cairó.—dijo riendo Aracil—Y es que según él, todos los que no pertenecen a su camarilla de hambrientos, son unos malvados. Y es lástima de chico por que tiene talento.

De este diálogo no es dificil que nos enteráramos los alli presentes por ser manifiestamente sordo el práctico gordo y bajito, el apellidado Cairó.

MISTERIO

Llegó una pareja de mozos de escuadra. Los seis o siete espectadores de la silenciosa tragedia, fuimos los encargados de enterarles del suceso. Los dos prácticos se internaron en sus oficinas, mientras los mozos de escuadra hacían memoria de donde vieron tal rostro como el del cadaver empapado de agua salada, con el niño atado a su cintura. Seguramente pertenecía al hampa del puerto: al—

guna que otra vez la habrían zurrado al sorprenderla en ciertos y no muy honestos entretenimientos y husmeando en los fardos por si algo ligero y portatil había.

—Me parece..... creo que si que es la que ayer noche dió aquel escándalo frente al «Torquemada».

—Chico, tienes razón; no hay duda que es ella.

—¿La conocen?—me atreví a preguntar sin necesidad de hacer valer mi invulnerabilidad periodística, considerando que no había necesidad dado lo afables que parecieron los simpáticos mozos de escuadra y prestándose a amigable conconversación.

—Si, esta infeliz es la de ayer noche—confirma el otro de la pareja—también llevaba el chico.

—Tres o cuatro dias que todas las noches la veíamos andando desesperada sin rumbo fijo por estos muelles. Quizá hacía más tiempo, pero jamás me había dado cuen-

ta. Nos pusimos alerta..... maniobras semejantes suelen producirse algunos dias antes de conato de robo. Robo completo es dificil que sea porque nosotros vigilamos mucho. Ayer noche; sería cosa de las dos de la madrugada, intentó entrar a bordo del «Torquemada». Casi lo había logrado, tanto debió ser el sigilio con que obró que ni el guarda se dió cuenta hasta que forcejó la puerta de la cámara; y entonces agarróla, empujándola hacia la pasarela y cargándose con el niño para no deber tener tanta compasión con la madre, la dió de puñetazos y ella no reparó en emitir asordantes esclamaciones, obligándonos acudir rápidamente por creernos se trataba de algún crimen. Esta infeliz, (continuó señalando al cadaver), estaba presa de exitación nerviosa, hablando incoherentemente de infedilidad, amor...

—Debía ir en busca de algún desalmado que la habrá abandonado en la deshonra y la

miseria, interrumpí yó sin atreverme a explicar la escena del desconocido.

¿Que relación podía tener él, los prácticos y el «Torquemada»? Este sucedía dentro un puerto, dentro un foso con mansas aguas y envueltas de espesos murallones. Y yo ignoraba que clase de vida podía haber en aquel recinto con aspecto de muerte. Y los mozos de escuadra, con su campechana rudeza de payés catalán me contaron muchas cosas, muchos episodios de que ellos habían sido testigos.

Hasta ahora ninguna conversación de los presentes me había revelado nada. Solo el corto diálogo de los prácticos me patentizaron que el desconocido era un ente real, que no era producto de mi imaginación, que se llamaba Jarsola..... que dijeron era un loco...

La presencia de los dos cadáveres me atormentaba, los comentarios de mis compañeros de espectáculo me irritaban... La noche calmosa, la neblina mas espesa, a ratos ténue cual

puro halo animal en ambiente helado, empequeñecía o agrandaba nuestro campo de visión, acabando por aumentar la monotonía. Uno de los del corro volviose a sentar al borde del muelle y siguió su interrumpida pesca, de puro entretenimiento. Estaba de guardián de unas mercancías no almacenadas, de hierros herrumbrosos con piezas de metal y cobre; y para no dormirse inútilmente, se dormía pescando.

RECUERDOS Y COMPARACIONES

Los mozos de escuadra seguían hablando, y a medida que sus historias pasaban de sus labios a mis oidos, muchas palabras se depositaban en el cerebro y los nombres estrangeros y términos marinos, me iban recordando lecturas olvidadas y por sucesión de ideas pude hacerme cargo de lo que era un puerto. Y contemplé el lago de la dársena Nacional, magestuosa, en la que sobran muchos armatostes tal como el «Cocodrilo» pontón

de la comisión Oceanográfica, y en la que no debieran permitirse otro atraque que el de los buques esbeltos y de silueta elegante, para que si alguien intentaba construir un paseo sobre los tinglados, fuera este el preferido por la aristocracia de Barcelona, cuando de tanto en tanto se aburriera de los magníficos alrededores de la condal ciudad. La dársena Nacional, también la del Comercio, pueden rivalizar con los grandes dokes de Hamburgo, Londres, Amberes... El concepto de puerto artificial desaparece de nuestra mente: aseguraríase que es un *bassin* cerrado por esclusas, a muchas millas del mar, y donde ni el rumor de sus grandes y roncas canciones pudieran adivinarse.

Un puerto de noche es pavoroso. Sobretodo estos puertos mediterráneos donde la ausencia de las mareas no les obliga al tragin horriblemente eterno. Es una concentración de energías: fuerza en las olas, fuerza en las máquinas, fuerza en los vientres de los buques,

fuerza en las atómicas entrañas del combustible almacenado..... y, sin embargo todo reposa, todo espera el alba para exteriorizarse en mil ruidos diferentes.

Un drama en un puerto es imperceptible: gotas de sangre de uno u otro obrero cada día se disuelve en el agua azulada: ayes de dolor no son oidos entre el roncar de los silbatos, aullidos de sirena y el destartalado chocar de dos engranajes de miles de máquinas en movimiento; suspiros de angustia, dolores del alma no son atendidos entre mil gritos de rabia y secas blasfemias. Sucédense aterradoramente los dramas y al pasar cerca de ellos, la gama de colores los esconde y los mil diferentes ruidos los apagan. Pero de noche, el mas pequeño incidente adquiere serias proporciones, porque tiene como marco, como escenario, una plástica decoración que bien pudiera simbolizar un aspecto de la civilización fósil, como si todos los grandes signos del progreso se ha-

llaran inmóviles y el drama ocurriera en un escenario de ruinas. Quizá la infortunada que yacía junto a nosotros, era una concentración, una síntesis de los grandes dolores que la ciudad que vive del puerto, ignora que en el germinen. Todo los que pululan por el puerto tiene algo de casta: la vida de la gente de mar tiene sus risas, sus lloros, sus alegrías, sus venganzas, a veces distintas de la gente de tierra, porque aun existen poblemas que no han tenido la fortuna de ser regularizados, resueltos dentro los decretos y reales órdenes y ni mucho menos estudiados por el legislador, por el político... ni el sociólogo. Algo había en el ambiente de un puerto que yo no podía descifrar y al contemplar a la suicida (o quizá víctima) vehemente, si pertenecía al puerto, si su desesperación había sido edificada entre anclas y cordajes, bajo lonas y jarcias sobre toldillas o bloques, en los sollados, dentro almacenes de hierro flotantes que llaman

vapores... Hubiera querido saberlo para figurarme el dolor de aquella mujer: dolor tétrico como la noche misma, frio y herrumbroso como su concha, desesperante, irizado, sublime por nacer entre música estridente, pintura abigarrada, ciencia brutal, trabajo intenso y la esclavitud hambrienta: atributos de la heraldica de los puertos principales.

Y extrañé no hubiera venido Jarsola. Temí haber perdido la noche inútilmente; puesto que esperaba se presentara el desconocido lanzándose sobre el cadáver, sollozando a el agarrado con crispamiento de poseido; siendo inútil los esfuerzos de los asistentes para consolarle; costando no poco trabajo evitar que se suicidara. Mientras en sus quejas desgarradoras nos revelaba ser padre, hermano, prometido, o esposo de la víctima. ¿Se había suicidado antes de llegar?

Los relojes de los campanarios de la Catedral y la Merced dieron con toda claridad las dos de la madrugada. El cacareo triste de

alguna gallina exótica causóme extrañeza. Rumor de conversación extrangera descubrió a dos o tres individuos que subieron por la ancha pasarela de un buque próximo, de flancos alterosos, sobresaliendo del muelle con majestad boba.

LUIS JARSOLA

Resolví marcharme. El juzgado tampoco sabría nada. Me despedí de los mozos de escuadra y continué andando maquinalmente por el muelle de Muralla hasta llegar al testero Norte de los tinglados que forman otro ancho pasadizo, perfectamente adoquinado, limitado al otro lado por verja de un gran cercado casi triangular y siguiendo la línea de límite de la zona marítima, patentizando mas y mas la separación total de la ciudad y el puerto, como si todo estuviera dispuesto para convertirlo en puerto franco, como si la Junta encargada de su construcción, además de legarnos unas obras

casi perfectas, abrigaran la esperanza de que ello pudiera ser un hecho.

No tardé un segundo en divisar un grupo de hombres, arrimados a los machones resaltados sobre el muro de mampostería de los demasiado adornados almacenes coronados por vidrieras esmeriladas que dejaban pasar la luz del interior siempre guardado, y escudados por la sombra de unos vagones de mercancías que descansaban en los rieles de la parte de tierra de los tinglados..... Vacilé por si retroceder o mimar la curiosidad, que esta noche, de mí, se había apoderado. Al verme, hicieron movimiento que no pude traducir si era para esconderse o acercarse a mí precipitadamente..... pero continuaron al mismo sitio y entre ellos alguien gesticulaba pareciéndome entender entre borbollones de palabras:

—Es preciso robarla..... Comandante de Marina..... Culpables.... Nuestra dignidad....

Me acerqué resuelto y uno de los del

grupo tocó al que peroraba, el que, en lugar de callar, habló mas fuerte, reconociendo yó inmediatamente al aparecido en el muelle de Barcelona.

—¿Y qué, que nos oigan? Quien dice la verdad no debe callar jamás—dijo dirigiéndose a mi.—Usted, sea quien sea, mejor que escuche... Cuando sepa lo que nos proponemos, si late su corazón, nos ayudará a dignificar a miles de hombres que viven bejados y escarnecidos bajo la férula de una autoridad absurda. Usted cooperará en restituirme el cuerpo de una santa, de una inocente criatura víctima de la tiranía.

Quedé perplejo. Verdaderamente hablaba un loco, un iluminado. Sus palabras eran seguidas sin espacios en la oración como martilleo de caballerías al galope. Los conceptos eran vertidos con una seguridad pasmosa, atropellándose los párrafos sin subrayar los importantes, como si repitiera una

plegaria desesperante, pero convencido de la eficacia de la fórmula.

—Usted debe haber visto el cuerpo de una mujer y un niño —continuó Jarsola.— Usted los debe haber visto, es fuerza: usted viene de donde se hallan, para mayor escarnio... y V. cree que se trata de un suicidio vulgar, que tiene como movil el amor confiado, el hambre o el extravío mental; y es preciso que cambie de opinión. Yo no sé si usted es marino, pero es hombre: V. mañana dirá a sus conocidos que a presenciado una escena triste, sin que se atreva a ceñir laurel alguno sobre las sienes de la desgraciada que ha secumbido víctima del indiferentismo de ustedes, de la gente de tierra, de esta gentuza egoista que ávida se entera de la organización de un círculo taurino, de un crimen del hampa, de las habilidades de ladrones y asesinos, y olvida, si alguna vez lo oye, el clamor de todo un litoral español que pide justicia.—

Yo no pude comprender nada, de todo cuanto con precipitación de catarata me lanzaba en rostro. Me fijé con sus compañeros y solo obserbé movían continuamente la cabeza en señal de asentimiento. Y sin darse punto de reposo el desconocido, continuó:

—Ahora tratábamos de algo que repugnará seguramente a los espíritus pusilánimes, pero si en los instantes propicios no luchamos somos indignos de ser marinos. Nuestros antepasados, los heróicos y valerosos *lobos de mar* nos maldecirán. Si ni el valor ni la audacia conservamos, nuestra carrera ha desaparecido. Hay que apoderarse del cadáver de Cristina: ella es un símbolo. Ni el populacho ni la burguesía deben saber que los hijos de un Capitán de la marina mercante se han suicidado por que sus compañeros de carrera son eunucos, porque los marinos que tienen a mano la paralización del movimiento nacional no saben aprovecharlo... No hay que detenerse ni un

instante mas: quien quiera seguirme que me siga.

—Es que el cadáver está custodiado.— Me atreví a balbucear.

—No importa.. convenceremos. Seguramente son mozos de escuadra: ellos viven en el puerto, saben nuestras miserias. Les conmoveremos con llantos y súplicas..... y les arrebatamos los cadáveres... a mi casa los oculto y mañana se enterrarán dignamente.

—¿Y el médico forense?—Observó otro.

—¡Cielos!—Rugió Jarsola en fiero ademán.—Si solo vemos inconvenientes somos inútiles para grandes empresas. ¿Qué importa que nos procesen? ¡Mejor! Yo lo deseo, esta es mi única ambición..... verme envuelto en un proceso magno, donde forzosamente se daría a luz nuestras penas, se descubrirían las deficiencias de nuestra organización, habríase que deshacer las grandes intrigas que nos matan, se pondría de manifiesto la fuerza bruta de muchas casas armadoras convertidas

en caciques de nuestros hogares, y los políticos encontrarían aliciente para tratarlo y la opinión se enteraría de que los marinos sufren... Recordad que Ancobench el padre de Cristina ha sido el único capitán mercante que para sostener nuestra dignidad profesional, sufrió la cárcel, que su nombre ha servido para pronunciarlo despectivamente armadores y jueces... que luchó por nuestra clase hasta sus últimos instantes de vida... ¿Y por él no podemos atrevernos a rescatar a su hija de la malidicencia pública. ¿Quién me sigue?

DEMASIADO TARDE

Indudablemente los allí reunidos eran capitanes y pilotos a los que yo siempre había considerado muy felices y libres, chocándome en gran manera oir hablar a Jarsola en tales términos. No pude menos de preguntar a uno de los reunidos.

—¿Pero quién es este joven... que le pasa?

—Es el novio de la suicida, o creo que él la quería y ella no hacía caso... no sé, un lio—me contestó en voz baja el preguntado haciendo ademán de marcharse, pero no sin antes añadir.—Es un buen chico, un buen marino, pero es un loco.

Mientras, el *loco* y dos mas, se habían adelantado en dirección donde se hallaban los cadáveres pasando arrimados al muro de los tinglados, sobre el bordillo embaldosado de rasilla, evitando ser vistos y dispuestos a dar el golpe. Yo me atreví a seguirles, no sirviéndome de nada, puesto que en aquel instante el juez que había acudido, ordenaba el levantamiento.

Al darse cuenta, la fiereza de Jarsola se deshizo en llanto, impulsando sus brazos en contorsiones trágicas, cayéndosele el sombrero, amasándose su ondulada cabellera que tomaba aspecto de crin salvaje sobre su rostro enjuto, de frente abultada y ojos negros de mirar plañidero o terrorífico. Y estos ojos

que chispeaban al unísono de sus frenéticos mordiscos a los labios, y esta frente cálida en la cual ramificados abultamientos de venas parecían reventarla, se posó sobre los resignados hombros de un amigo.

En Jarsola —pues este era— se verificaba la primera exteriorización de la lucha de un corazón generoso contra lo imposible. Era un dolor profundo, un dolor único: el de los ingénuos al estrellarse contra la maldita realidad.

—No te aflijas, no te desesperes de esta manera, Luis— díjole maquinalmente su amigo, no por que no sintiera su dolor, sinó por no poseer el don de consolar.— Déjalo, olvida, no hagas memoria de tus ilusiones pasadas. Acuérdate solamente que esta mañana debes partir, que pronto has de estar a bordo.

—...Y ya... no la... po...dré ver... mas....!
—balbuceó entrecortadamente Luis Jarsola—
¡Desgraciada Cristina..... cuanto habrá sufri-

do!... ¿Porqué el cielo no castiga cuando es preciso?... Ella tan hermosa... tan buena... y no la veré mas. ¿Porqué no me amaste nunca yo que tanto te quise?

En vano sus compañeros trataban de persuadirle, de alejarle.

ODIOS REPRIMIDOS

Aracil, sin duda atraido por las voces, salió de las oficinas, dirigiéndose a nuestro grupo y con cierto gesto de estrañeza dijo a Budallés, a uno de ellos; alto, descompuesto, de nariz y frente formando la misma curva, semejando la cabeza de un tucán.

—¿Tu aquí también? y señalando a Jarsola—¿Qué tiene éste?

—Oh... Aracil...— barboteó Budallés con cierto sobresalto repulsivo.

—No repugnes ni ataques. Ahora no soy el Aracil societario, soy el Aracil amigo... Sabes se olvidar y te pido por favor me digas qué le pasa a Luis.

—No quieras saberlo... te pesará... —respondió Budallés— ¿No has visto un cadáver? ¿No has reconocido a la hija de Ancobench?

—Ah.....— exclamó Aracil palideciéndo pero de pronto respuesto— me pareció haberla reconocido. ¿Y por qué tiene que pesarme? Acaso yo también soy el culpable de los extravíos de los impetuosos.

—Pero, Jarsola como que la amaba y tu...

—Yo no me dejo dominar por las pasiones..... Pero sería preciso que Luis se calme. Déjame hablarle.

—No lo intentes que exaltarás su desesperación.

—O lo subyugaré como en tiempo de nuestra añorada amistad. Es preciso que cesen sus extravíos y estoy harto de luchar con los que me son mas caros.

—Le temes.

—Le compadezco.

—Nadie lo diría. Mala ocasión has escogido.

Jarsola no oia, no vió a nadie, continuaba derramando abundantes lágrimas que dulcificaban sus suspiros..... que rimaban sus salmodias.

—...Contigo... ideal Cristina .. ha muerto la típica marinera catalana..... Contigo han muerto las garridas mozas que impulsaban nuestras naves hacia América... Contigo acaba una legión de sirenas.... Y has muerto ignorada, indignamente, en la desesperación. ... Espías el pecado... oh perdón Cristina!... por que amaste a quien las ondas de nuestras playas no habían besado sus pies desnudos.,.

—Vaya, basta Luis— díjole Aracil con serenidad y amigable autoritarismo —déjate de sensiblerías. Piensa que aun vive tu madre y tus hermanas, que tu las mantienes, y que ni tu talento ni tu honradez servirán para nada si te dejas llevar por el maldito romanticismo que te inspiró esta desgraciada, y que acabará por desacreditarte entre la gente sen-

sata. ¿Qué armador te dará el mando de sus buques? ¿No corre peligro tu mente extraviada de ocurrírsele alguna de sonada?

—¡Amada Cristina.....! Yo debo morir también. Oh! si tu padre viviera... no consentiría que el crimen que contigo han cometido se evaporara en esta noche quieta...: exigiría una reparación... y con sus gestos y voces henchidas de santa indignación, removería los elementos para que una tempestad se desencadenara sobre los culpables.

La figura de Jarsola, de momento fea, se hermoseaba en mis retinas influídas por el cerebro, agrandándose en personaje de tragedia... Todas aquellas palabras, para mi incomprensibles, adquirían gran relieve dentro la majestad silenciosa del puerto, separado de la tierra por las murallas, y del cielo por la niebla. Quizá sus palabras no eran las que mi pluma estampa en el papel, pero en los repliegues de mi cerebro así se grabaron, y tal como a mi me parecieron combinadas,

tal las dicto, porque creo que dentro los calderos de hierro que van errantes por los mares, también pueden albergarse filósofos y poetas: alguien que condenado a eterno silencio, se apropia de una idea, firme, fija, sublimada por la insistencia de la repetición, adornada con la grandiosidad trágica de los temporales y que cuando encuentra un momento apropósito para mostrarse, se desborda torrencialmente; pero con toda su magnificencia teatral, acompañada de sonora declamación, aun apesar del vicio de no separar las oraciones y apesar quizá, de carecer de un grado de cultura suficiente para construir un poema.

—Jarsola— prosiguió Aracil con entonación mas persuasiva. —Cálmate, olvida..... Mira ¿quieres venir? he concluido mi guardia y vóime a casa... te acompañaré... Déjate de redenciones... Aprovecha tus energías y sentimientos para obra positiva. ¿No vale

nada mi abnegación de solicitar una amistad que tu tronchaste?

Como si fuera despertado violentamente, Luis, el loco, volvióse fieramente a su interlocutor.

—¿Cómo? ¿Tú osas hablarme? ¿Tú, Olegario Aracil intentas consolarme? ¿Hasta tanto puede llegar tu cinismo? Tu eres coautor en la muerte de esta heroina..... tu aconsejaste a Turégano que la abandonase, tu contribuiste a la ruina y perdición de su padre actuando de vocal en un tribunal que falló contra justicia! Tu que podías ser el protector de los débiles, has dado mas armas a los fuertes, a los que miraron impasible el hecho y aplaudieron rabiosamente nuestra antigua amistad rota eternamente por el abismo del crimen.

—Tienes razón Jarsola...!— afirmó Rivas el que hasta ahora lo había sostenido en sus hombros.

—¡Pero por Dios .. serenaos— interrum-

pió flemáticamente Aracil con sus ojos verdosos de mirar insolente y arqueándose las mejillas al sonreir con aire de perdona vidas.

—¿Será verdad que os toméis en serio tamaña leyenda, debida solo a combinaciones del azar? ¿Las habéis dado contra mí? Esto son despechos, envidia, equivocados apasionamientos...; lo lamento porque perdí buenos amigos. Pero vuestras injurias no harán torcer mi camino aunque tenga que arrastrar la impopularidad. No, no estoy del lado de las autoridades, pero yo no puedo protestar de que adoptaran medidas extremas cuando les distes ocasión al exteriorizar pequeñas pasiones en desprestigio de nuestra clase hoy día desmoralizada en extremo.

—¿Y quién la ha desmoralizado sinó los que se cobijan a tu sombra?—replicó Jarsola.

—Vosotros con el escándalo— repuso Aracil.

—A veces el escándalo es la única venganza de los humildes, de los oprimidos—

me atreví a objetar, ya que la causa de Jarsola me simpatizaba.

—¿Pero V. es marino, V. está enterado de lo que hablamos?— Díjome Aracil encarándoseme con acritud, estirando su redondo cuello para adelantar mas la cabeza y fijar sus ojos impertinentes en mi persona.

—No tengo tal honor, pero....— Soy algo corto en el hablar y me quedé corrido.

—¡Y pués!— siguió Aracil con gesto desdeñoso encogiéndose de espaldas. —Phs. este es el mal de los españoles, hablar de lo que no se entiende, de dar oido a los que mas gritan, a los que mejor gesticulan; y conste que no lo digo por Luis, quien debería quejarse mas de su corazón, que del destino; mas de sus impulsos, que de la injusticia.

—Tu tampoco eres el gran culpable; ni el único demonio contra quien las iras deberían desencadenarse...—añadió Jarsola—Tu eres marino, tu has afrontado los temporales como yo; tu vida ha peligrado como la mía

para cojer un pedazo de pan; tu has sido mi hermano de sufrimientos y esperanzas... por eso sufro doble al luchar frente a ti... Pero tu has aborrecido al mar; tu lo has gustado y odiado a la vez... El dinero te ha escaseado en el instante que en tu alma germinaban grandes ambiciones, y cuando de tus labios privilegiados brotaba la santa palabra de regeneración, y cuando en España los marinos aun dormían en el ocaso de su bienestar. De tí creyeron las palabras de rebeldía que no dudo tuvieron sinceros comienzos, y junto a ti arrastré las dos épocas mas difíciles: la de la venganza de los grandes y la de la burla de los impotentes... Pero lograste pisar los umbrales del palacio de las dádivas y te hiciste firme en el pedestal que te elevaron los hambrientos admiradores... y en el me ofreciste un lugar, en el zócalo, rehusándolo porque presentía debían rodar muchas víctimas, una de las cuales ha estado esta noche a tus pies. No... calla: aun debo hablar yo... Los marinos es-

pañoles, huérfanos de amparo, sujetos aun por un jesuitísmo y ambiente militarista que hasta en el sagrado recinto del hogar tiende sus tentáculos, esperan cumplas tu promesa... Y les has podido burlar gracias á que nuestro estado social no irradia fuera de estas dársenas; nuestras miserias y nuestros odios provocados por el favoritismo, el hambre y las amenazas, no tienen fuerza para invadir de luz nuestra noche eterna; nuestras noches en apariencia tranquilas, noches de puerto en las que se duerme o se huye a la ciudad para mezclar nuestras miserias con las de los lupanares.

—Siempre el mismo, siempre el mismo— objetó Aracil con la misma sonrisa sardónica.

AMIGOS CHAFALDITEROS

Un nuevo sujeto se presentó: venía a grandes pasos del paseo Colón, mirando curioso a los del grupo, acercándose por fin,

y dando dos amigables palmadas a la espalda del práctico y a Rivas.

—Ola, que tal amigos?.. Chicos, vengo de correr una juerga archisuperior.

—Tu siempre divirtiéndote— díjole Aracil con expansivo buen humor.

—Si chico, si... ¡Dos mujeres hasta allí..! ¿pero qué os pasa...? ¿Estará de malas el puerto? Ya me han dicho, que en el muelle de San Beltrán han limpiado el reloj del capitán de un *noruego* y encima le arrearon una paliza. Después dicen que se ha suicidado una *víztima* del amor con su *fruto* en brazos... Ahora os veo a vosotros...

—De la que se ha suicidado no hables sino con respeto..— aulló Jarsola, cogiendo a Narciso Crucet, que así se llamaba el recién venido, y sacudiéndole con sus descarnadas manos puestas en sus hombros.

—Caray Luis.— exclamó Crucet algo asustado pero aparentando traquilidad—siempre serás fúnebre. A verme dado cuenta que

tu estabas aquí entono un *requiem*... Caray, caray de Luis... y como se toma las cosas... ¿qué tienes tú que ver con la suicida?

—No le gastes bromas a Jarsola que esta noche está de malas— observó Aracil.

—No... ha sido exaltación de momento— pronunció Jarsola completamente abatido. —Ella ya no nos pertenece, todo es inútil... y Crucet tampoco es nadie: eres rastrero, sin alma... tienes el premio de tu inmoralidad.

—Tus palabras y tus discursos siempre acaban lo mismo; ofendiendo— dijo Crucet un poco alto de tono. —¿Qué querías que yó continuara siguiéndote a tí, atizando el odio entre los marinos? Cá, hombre cá. Tus procedimientos han pasado de moda.

—Sobre todo cuando por cambiar de conducta te ganaste el mando del «Peñón de la Gomera»—añadió Luis.

—Mi mujer y mis pequeños no entienden inmoralidad en los exámenes. Y al fin, yo,

también me he convencido de que por unas oposiciones a práctico no vale la pena de mover tanto revuelo—replicó Crucet—¿Qué me importa a mí que los gerentes de la compañía me recomienden que no me deje influir por los de tu grupito? ¿Vosotros me hubiérais facilitado pan el día de mañana?... No. ¿Que la C.ª de Correos de las Colonias se ha metido en la cabeza de que todos los prácticos de los puertos del litoral mediterráneo sean capitanes de sus buques?... Muy bien... ojalá yo sea uno de los destinados.

—Es que Jarsola parte de un absurdo. Pretende la mejora de nuestra clase y la propone a los sentimentalismos—observó Aracil.

—Y lo primero que incumbe—continuó Crucet—es una paga que permita vivir. La C.ª Correos de las Colonias no es de las peores. Nuestro primer problema es éste y está algo resuelto. ¿Qué alguien murmura que la plaza de capitán del «Peñón de la Gomera» la alcancé siendo vocal de unas opo-

siciones á práctico, dejando que lo fuera un señor, muy amigo mío, que es sordo?... !Mejor para él, que no oirá muchas sandeces¡ Al fin y al cabo en el tribunal había un presidente, el Comandante de Marina, el cual tiene mucha mas responsabilidad, y que es persona que agradece mas pronto un alago, que no perdona una pulla. ¿Qué el práctico es sordo y echa barcos a pique? ¡A mi qué!.. Así hacemos la guerra *sorda* a los armadores. Es la única solución que nos queda a los marinos: ser anarquistas... ja, ja... Bueno, chicos, son cerca las dos y voyme a bordo del «Alhucemas» a dejar un encargo al capitán y enseguida a mi barco a dormir, porque esta noche creo que tiene que atracar el «Arlequín» y no hay nadie... y si pasara algo... Bueno, adios.

Se separó después de unos cuantos amistosos palmetazos a la espalda de Aracil y Jarsola; abrochóse bien el abrigo levantando todo lo posible su cuello, sujetóse mas el

sombrero y arrimóse a un embarcadero de madera que había enfrente apoyado en el muro del muelle.

—¡He, hombre!... ¡Joselillo!...

De todo un conjunto de botes se movió una forma humana, oyóse ruido de madera, chapuzamiento en el agua y por fin un bote que atracó; pero antes de embarcarse, Narciso Crucet volvió y encarándose a Jarsola con aire proteccionista dijo:

—Créeme a mí, y te lo digo por tu bien. Si el práctico está sordo que se cure o lo destapen y tu no te metas en camisa de once varas, porque te tienen de mal ojo y Dios te libre tengas que ir a parar de bruces a la Comandancia por alguna avería: te empapelan y de lo lindo.

Dió media vuelta, embarcóse y desapareció en la oscuridad.

—Ya lo oyes—añadió flemáticamente el práctico.—Aquí todos procuramos por tí, aun que nos quieras tan mal. Platónicamen-

te si; puede arguirse contra los armadores, sobre nuestra esclavitud, y para dar satisfacción a tu temperamento, contra el *yugo* militar. Pero antes, una segura colocación y un buen sueldo.

DESILUSIÓN

Yo estaba desorientado. Esperaba la exaltación de la controversia y solo noté rostros contraídos y puños apretados dejando escapar profundos suspiros. No acertaba a descubrir nada emocional y me arrepentí de haber perdido el tiempo escuchando razonamientos que no me interesaban. A no ser por la simpática fealdad de Jarsola, su natural exaltación y rústica acometividad, indudablemente hubiera razonado como sus motejadores de loco a pesar de parecerme una brizna de vulgaridad ciudadana, transportada en la vetustez del puerto, destacándose mas despreciativos.

Y por instinto, encarándome a todos para

que alguien me contestara, para remover las cenizas de sus odios por el placer de ver surgir la llama, tuve la osadía de preguntarles.

—Perdonen. Toda esta noche que se me hace interesante el esclarecimiento de un hecho, el que nos tiene aquí reunidos, y no acierto calificarlo. ¿Qué relación puede tener este suicidio y la Comandancia de Marina? Soy periodista y por la forma en que les veo a ustedes creo no les sería perjudicial la divulgación de algo interesante que presumo adivinar sucede.

No bien había terminado, que la nerviosidad de Jarsola, sacudióle todo el cuerpo, y a mí dirigiéndose, mirándome de hito en hito como deseoso de comunicarme con sus ojos la ardencia de su cerebro, exclamó:

—Usted periodista? Usted no puede comprendernos: usted será frívolo como sus compañeros que jamás han tenido una palabra de compasión para nosotros, seres arrojados de la vida común, que si traspasamos

los umbrales del puerto solo es para llenar tabernas y lupanares o ser engañados por los tenderos de baratijas. Ustedes ni saben que existimos ni pueden comprendernos.

— Pero acaso yo... puedo ser menos frívolo que mis compañeros. Acaso puede interesarme algo mas de lo que usted supone...— contesté yo, comedido, aunque un tanto picado por el exabrupto contra mi amada profesión.

—No importa, es que de todas maneras necesito decir algo, explicárselo... Quizá algún día que no tenga nada pensado se acuerde de esta noche y entonces escriba sobre el papel, un nombre, una flor en memoria de Cristina, de la última sirena, la que sucumbe en el preciso instante que se extingue la marina de Cataluña tan gloriosa un tiempo.

—El señor me perdonará— objetó Aracil y señalándome a mi —pero tu no sabes quien és, con quien hablas.

—Por mi juro...— me apresuré a replicar.

—Y qué?— interrumpió Jarsola —¿Debemos continuar callando para que se abuse de nuestro silencio?

—Jamás en la Comandancia de Marina se ha cometido un acto manifiestamente arbitrario....— afirmó Aracil con cierto empeño.

—Acatándolos y reverenciándolos, puede ser que no.

—¡Pués? ¿Qué mas deseas?

—Que no haya necesidad de adularlos, deseo que desaparezca una autoridad que no es precisa en un pequeño mundo donde todos nos conocemos, donde los actos de cada cual, corren de boca en boca, sufriendo las consecuencias de un caciquismo rural. Pero es verdad que usted es periodista? Yo no conozco a ninguno y pláceme encontrarle en mi camino.

Volví a jurar y dí mi nombre y el del periódico por mas señas. Jarsola continuó.

HABLA JARSOLA

—A Cristina, la angelical criatura que usted ha visto, no se ha suicidado: la han muerto. Escúcheme bien:

Los dos somos hijos del mismo pueblo, de Lloret, los dos jugamos juntos en las mismas playas y los dos hijos de marinos. Mi padre murió en un naufragio cuando yo terminaba los estudios y, enseguida, con intención de protejerme, el padre de Cristina, Jaime Ancobench, me embarcó de grumete, con sueldo de mozo, en el bergantín de su propiedad, el «India». !Recuerdos inefables de aquella primera partida, en que la gentil manecita de Cristina despidiendo a su padre, me parecía saludarme a mí! ¡Gratas travesuras, dulce reprimienda de mi amada madre, por que al llegar de viaje preferí primero pisar el umbral de casa Ancobench para ver a Cristina, siendo el pretexto llevar el equipaje de su padre!

¡Feliz viaje bajo el mando y la protección del mas bravo capitán de toda la costa y que me permitía entrar en su camarote donde tenía el retrato de su hija! ¡Qué hombre! ¡Qué marino! ¡Con qué certeza dirigía todas las maniobras y con qué serenidad luchaba contra los temporales!

Aquel mi primer viaje fué el último para el «India»: la carrera del tasajo era invadida por los vapores ingleses y la competencia disminuía las ganancias; vendiéndose Ancobench el buque para el desguace y no encontrando ninguna dificultad en embarcarse de capitán, en el por aquel entonces hermoso trasatlántico «Casanovas» de los Mir, Tutau y Ca. La familia Ancobench pasó a vivir a Barcelona cuando D. Jaime se encontró en plena gloria y pujanza de su carrera. Jamás la había amado como entonces y quiso que su felicidad se transmitiera a los suyos. Era buen marinero, jamás debía faltarle el pan: e instaló a su esposa e hija en explédido piso

del paseo de Colón y atavió a Cristina como corresponde a la hija de un capitán de la marina mercante, que su ciencia y su vida la pone al servicio de la patria y del Comercio principal factor de la pujanza moderna. ¡Aún me acuerdo, que cada vez que la casualidad permitía nos encotráramos en la Habana, Nueva Orleans ú otros puertos, el interés que se tomaba por mis progresos en la carrera y como sus consejos eran siempre los de recomendarme valor y honradez: las dos joyas mas preciadas del marino! De carácter dadivoso socorría a los que carecían de lo mas perentorio, y si algún compatriota fracasado en sus aspiraciones de fortuna en la fantástica América, deseaba tornar a sus lares, en el «Casanovas» encontraba jovial acogida: si era marino ni un céntimo el viaje le costaba. Los allí emigrados y en camino de la prosperidad, le hacían depositario de multitud de valiosos encargos para sus deudos que moraban en España, y él los recibía con

placentero orgullo por la confianza que en su persona depositaban. Su camarote, siempre con cajas de brevas y paquetes de picadura sobre la mesa, estaba abierto. En un cajoncito de débil acerradura guardaba infinidad de joyas, valores, documentos, montones de centenes oro y brillantes codiciosos. Si alguien se atrevía a advertirle su negligencia, con magnánimo indiferentismo contestaba: — ¡Bah!... En un barco no puede haber ni un ladrón... y quien robe no es marino! La casa armadora otorgábale amplios poderes en los fletamentos; el consignatario le respetaba; y jamás abusó de su autoridad, ni hizo la mas pequeña reparación que no fuera pertinente. Cuantas misiones difíciles tenían que resolverse, él era el encargado de realizarlas. Fué el padre de Cristina un *verdadero* Capitán de la Marina Mercante: modelo por sus virtudes, ejemplar en su obligación y digno en el hogar... ¡Oh! su hogar, en él fué único, llegando al refina-

miento de instalar en él un oratorio, donde se guardaban santas reliquias de la Marina Catalana. Y cuando Ancobench estaba de viaje, ni su hija, ni la esposa, dama que jamás tenía una sonrisa sino cuando su esposo departía con ellas, entraban en el *recinto sagrado* sino cuando la tempestad mugía por las azoteas de la ciudad, para parecer sufrir con su padre ó esposo. Y es que aquel saloncito, parecía totalmente un camarote de buque fantástico, un retiro de genial explorador vuelto misántropo al medio de los océanos. Hasta el balcón estaba tapiado por mamparo machihembrado, y la luz entraba torrencialmente, como condensada, por lumbrera perteneciente a la «Marcelina», bergantín goleta del abuelo de Ancobench, y de la que también guardaba la mesa y los bancos con respaldo movible, y empotrados en el piso, que de antemano era entarimado. Sobre la mesa, cuadrantes antiguos, grandes y pesados, sextantes, cronómetros, un astro-

labio, brújulas, compases, talcos, barómetros de todas clases y en el centro de la sala, pendiente de ahora inútil suspensión Cardano, un Torricelli grande y auténtico recogido cuando el salvamento de la tripulación de una fragata inglesa en aguas de la India, durante un tifón: Era una de sus mayores glorias de su larga vida marinera. Dispersos por la sala, sillones de bambú y junco, en los ángulos, magníficos pedestales de fayance china sosteniendo estravagantes ídolos indios; y en la pared, bajo marcos de ónix, las cartas marítimas en las que había bien marcadas, con trazos de colores, las derrotas de sus viajes por el Atlántico y Pacífico. Sobre cartelas pertenecientes a adornos de cámaras, los bustos de Colón, El Cano, Sebastián Cabot, Sumner y Mirabell; y dentro vitrinas rectangulares, reproducciones o modelos de todos los barcos que había navegado. Y lo mas notable, era que en un paño de pared cubierta préviamente por las banderas del

código, estaba arrimado un trozo de palo mayor y mastelero correspondiente. A ras de tierra, la encapilladura de la jarcia, y el enjaretado de la cofa perfectamente bruñida y rellenos sus huecos rectangulares con planchas de nácar, hacía oficio de caprichosa cónsola, donde reposaban multitud de caracolas, cassis, estrombos, cipreas, volutas: los mas raros ejemplares de cefalidios y lamelibranquios. El calcés del palo terminaba justo al techo, de donde perfectamente orientados, partían los obenques con sus vigotas, su guardajarcias y flechastes,hasta los arraigadas, todo perfectamente pulimentado; aumentando su extraña ornamentación, con los cabos de maniobra que eran cordones de seda. Tocando al techo, como fantástica coronisa, multitud de animales embalsamados, confundiéndose los titis con las aves del paraíso, gaviotas y doradas: una cabeza de tigre y otra de búfalo; faisanes, loros, carpas, un carey y un caymán. Todo animales vis-

tos y cazados por Ancobench en sus excursiones cuando el buque sufría, pacífico, las operaciones de carga y descarga, en Pernambuco, Bombay, Manila, etc. No faltaba una panoplia de armas, las mas diversas y las mas raras y en las que tenía en lugar preferente tridentes arpones y otros utensilios de pesca. Quizá era una mezcla de gustos eterogéneos, pero eran dignos de un marino y no podía pasarse el umbral sin descubrirse, al sentir el recogimiento, la magnificencia, el respeto que nos produce vetusto castillo que encierra joyas de preciada y antigua nobleza. ¡Cuántos artistas, cuántos periodistas, quizá usted mismo, que se creen superiores a nosotros, seres toscos que andamos puercos y desaliñados en los sollados y entrepuentes, se hubieran burlado de aquella estancia! Pierre Loti había pasado de moda!... y sin embargo fué el único amador de la *belleza universal:* de la nuestra. Ancobench tenía el retrato en su camarote, aunque

jamás lo hubiera leído, pero por yo habérsele recomendado y explicarle que fué un marino-artista y un artista-marino. ¿Servirá esta expansión para que V. se mofe de mis sentimientos? —

Aquí Jarsola paró en seco, pasóse su mano por la frente, como para recoger el hilo de lo que se proponía decir para mejor convencerme. Se dió cuenta de que sus amigos permanecían distraídos sin duda por haberle oído explicar tales sutilezas infinidad de veces. A mí en cambio, me interesaba: ví en Jarsola un carácter y un temperamento que se me presentaba esculpido en proporciones gigantescas. Comprendí que era un alma arrebatada y enamorada de las grandes epopeyas. Era un espíritu artista y aventurero, incajable en los moldes de la sociedad actual que todas las profesiones se conforman en el uniformismo aterrador que excluye de ellas todo entusiasmo... Continué gustoso escuchándole.

—Las relaciones y amigos de la familia de Ancobench eran pocas, — continuó Jarsola. — Eran otras madres, otras esposas, otras hijas, varias mártires que sus hijos, maridos o padres navegaban. Estas eran sus amistades: hasta se leían en reunión, las cartas de sus deudos. ¡En este plácido ambiente vivió Cristina, la mimada de todas, la que se saturaba de lecturas de viajes y geografía, la que conocía todos cuantos puertos frecuentaron sus antepasados y que estudiaba sobre los planos, avalorándolo con las aclaraciones que su padre radiante de gozo la daba! Ella, Cristina, informaba a aquellas madres, esposas e hijas, del clima, de las probabilidades de buen ó mal tiempo; del aburrimiento ó distracción de sus hijos, maridos o padres según en el lugar que se hallaban. Ella disminuía la congoja de las que esperaban carta; al decirles que aun no había tiempo de recibirlas.

Yo, en mis cortas estancias aquí en Bar-

celona, iba a su casa, y su madre, moderna Penépole, gustaba de platicar conmigo de cosas del pueblo, de los pequeños e insustanciales asuntos de Lloret. Yo aprovechaba un instante, aunque fuera a hurtadillas, para ver la sagrada habitación, que se me parecía el camarote del mas gran marino del mundo... ¡Y ella Cristina, se reía de mi, graciosamente, sin malicia se burlaba de mi figura escuálida, la que según ella, era impropia de los destinados a luchar contra los elementos! Ella siempre fué coqueta: buena y santa, pero coqueta; y seguramente mis sentimentalismos, mi veneración a las tradiciones, mi amor a la tranquilidad le parecieron ridículos... Yo nací débil... mi constitución es flaca...: ella era hija de la Naturaleza en plena demostración de sus fuerzas..., nació entre los resoplidos y horrores de un ciclón cuando su madre aun joven acompañaba a su marido en los primeros viajes .., su espíritu estaba en íntimo contacto con el ambiente y presentía

los cambios atmosféricos... ¡Era descendiente de tantas generaciones de marinos!... Había un contraste fatal entre los dos...: quizá por esto no me quiso...—y aquí no pudo menos que enjugarse algunas lágrimas, que corrían sobre su tez enbebida y morena, de moreno del sol como cubriendo su verdadero color cadavérico—Y yo si que la amaba, como a una reina, y no me atrevía hablarla, y solo un día, quizá demasiado tarde, me aventuré dejarle sobre el piano un billetito donde en una sola frase intenté descubrirle mi corazón, procurando no ofenderla:

«Diosa del mar; mi vida está presta a sacrificarse por tu hermosura. ¿Podrá mi condición humana llegar hasta tu tálamo divino?»

No pasé por su casa, sinó al cabo de algunos días, la vigilia de salir a viaje... Cristina no estaba en casa... pero había dado orden a la doncella que me entregara otro billetito. La doncella ya había olvidado donde lo puso,

y por fin lo encontró: estaba estrujado, unas gotas de cera y un poco de grasa lo hacían despreciable, pero su aroma a trefle y a Cristina lo reabilitaba. Rasgué nervioso y convulso el sobre y antes de leer besé su letra, después leí:

«Guarda tu vida que la amo como la de un hermano. La Diosa del mar te pide perdón por haber descendido ya a la condición humana. Inútiles tus deseos.»

Cristina

Seguramente ninguno de los dos supo lo que había escrito, pero nos entendimos perfectamente. Indagué y supe que el bandido que robó su felicidad era Hipólito Turégano, el capitán del «Torquemada,» del trasatlán-que ha salido esta noche, que con su proa a golpeado el cuerpo de la infeliz diosa que ha probado la ingratitud de los humanos! Turégano, en aquel entonces, era segundo oficial del «Casanovas», a la sazón que Ancobench tomó el mando, y que Conchita

era gentilísima. A Turégano la naturaleza le otorgó corpulencia y hermosura varonil, ductabilidad en la expresión y acomitividad asombrosa de la que está engreido. Era lo que se llama un apuesto caballero, tipo de verdadera arrogancia castellana: adorno del exterior y vaciedad del alma. Quizá porque yo pertenezco al montón de los feos, de los débiles, entre los faltados del gracejo que tanto agrada a las hembras, detesto a estos hombres que se nos aparecen como un dique a la aventura, por que ellos nos roban a los ángeles que harían nuestra felicidad admitiéndonos por esclavos de su amor. D. Jaime, corazón de niño, también se dejó convencer por las palabras aduladoras y lisonjas de Turégano; siendo él, quien con chascarrillos le distraía de los grandes ocios del viaje. D. Jaime, siempre dadivoso, siempre hospitalario, lo admitió en su casa, y Turégano que vió en Cristina a la joven hermosa y á la hija del capitán mas estimado de la com-

pañía y próximo a ser nombrado inspector, procuró agradarle y ella, alma ingénua, aceptó gozosa el amor que le ofrecía un apuesto joven, apreciado de su padre, y marino por añadidura. ¡Si no hubiera sido marino no lo hubiera amado! ¡Cuantas veces habían pronunciado sus castos labios tan hermosa frase! ¡Cuantas semejanzas tenía con las colosalmente desinteresadas de su padre!

Y aquí empieza la parte terrible de la historia.

—¡Querrás decir que empieza lo terrible de tu fantasía!—objetó Aracil—Tu calenturienta imaginación y tu lamentable buena fé te obligan a ver los hechos mas naturales, rodeados de una aureola trágica y romántica que no existe en la actualidad.

—Calla..... Aracil..... Vete. Respeta la muerte cuando menos.

—Respetaré tu dolor; pero duéleme, como amigo, verte en el borde del precipicio que intentas salvar. No conoces su anchura y

fatalmente rodarás destrozado al abismo. ¿Ignoras que los marinos, los capitanes y pilotos, no merecen que se sacrifiquen por ellos, que son ignorantes, desagradecidos, charlatanes, envidiosos, materialistas...? Mira, ahí tienes una muestra..: preocúpate por estas gentes... Ves? Son los oficiales del «Lowlands», de este vapor inglés.—

Y señaló hacia la derecha del muelle, donde venían dos hombres altos y corpulentos, cazadora ajustada y gorra de visera pequeña; todo el traje obscuro. Su andar inseguro, los golpazos que se prodigaban, sus cantos incoharentes y sus risotadas repugnantes e inoportunas, revelaban su estado de embriaguez. A mi hasta me causaron terror, por que a cada instante me parecía verlos caer al mar, tanto era lo que se acercaban al borde del muelle dando tropezones en los nurais y en tesas coderas de alambre, inclinando el cuerpo de tal manera que era capaz de hacer perder el equilibrio a un so-

námbulo, pero que lo salvaban con agilidad mecánica acompañando la pequeña aventura, de un G*oddem* u otra frase igualmente pintoresca.

—Acaso son borrachos todos los marinos?—agregó dignamente Budallés.

—Yo no digo que todos lo sean, pero si que hay muy pocos de edificantes—afirmó Aracil con cierto aire de victoria.

—¿Y quién tiene la culpa?—añadió violentamente Jarsola que interrogaba con la mirada a quien tomaba la defensa.—¿Y por qué no he de repetir tu afirmación? Tu argumento es insensato, es igual como los que has empleado para granjearte las simpatías de la Dirección General de Navegación y Pesca, donde serán atildados porque viven en la corte, pero que pisando la cubierta de un buque forzosamente deberían acomodarse a la estrechez de vivienda y en la suciedad que la avaricia de los armadores condena a sus empleados. Yo no quiero, de ninguna mane-

ra, admitir tu faláz acierto: los marinos serán degenerados, nuestros ojos percibirán la carroña del vicio que les rodea. ¿Pero por qué? Porque siempre vivimos en continuo contacto y nos conocemos nuestros mas mínimos defectos: nuestra vida nos lleva a la absoluta franqueza; no podemos permitirnos el lujo del fingimiento que usan los terrestres las dos o tres horas diarias en que se hablan. ¡Nuestro fingimiento que durara días y días, comiendo, trabajando, aburriéndonos, desesperándonos, sería un suplicio de mártir! ¡Solo pueden ser eternamente virtuosos los dioses y nosotros somos hombres condenados a la rudeza, a la lucha, a la separación de la familia, dentro la cual los terrestres abandonan sus impertinencias de caracter.

—Por eso, amigo, que lo que tu te propones es un imposible. Tu conoces el mal y me extraña no aciertes es de difícil curación... Solo los marinos podemos aspirar

pequeñas ventajas, obteniéndolas políticamente...

—Esto para tu conveniencia. Pero la gran familia del mar debe sufrir una radical transformación, debemos soñar en la confederación universal de los marinos mercantes, la mas lógica de cuantas se han intentado. Nuestras entidades minúsculas debieran estar en activa correspondencia con todas sus similares, y exigir que en estas grandes obras que se realizan en todos los puertos del globo, nos destinaran un edificio para los marinos, nuestra casa, donde halláramos solaz, comodidad, utilidades y esparcimiento, donde hubiera quien se prestara a acompañar al primer náutico que se presentara... ¿No aliviaríamos el mal que nos carcome si tal hiciéramos? ¿No evitaríamos muchos recalos en lupanares y bars indignos, a donde los mas honestos se ven en la necesidad de hacer proa, sino quieren morir de hastío en la modorra de un puerto, entre el hampa,

atontados por las emanaciones de mercancías putrefactas, encerrados siempre en la gran muralla, separados de la ciudad, de los *hombres*, por barreras de fango, obstáculos, garitas de aduaneros, contrabandistas y prostitutas... Si el marino fuera perverso no tendría él la culpa: aquí nos encierran y aquí nos olvidan apesar de tener corazón, de venerar la verdad y de sentir la Justicia... ¡Oh, escarnio! Antes los marinos, seguramente mas incultos, mas brutos, se les veneraba porque tenían en sus manos el encontrar oro... hoy mas ilustrados, mas esclavos, mas sufridos, nos desprecian porque ni casi ganamos el sustento.....

UN NUEVO PERSONAJE

Por la misma avenida que daba al Paseo Colón, por donde vino Narciso Crucet, el capitán del «Peñón de la Gomera», apareció una mujer como de unos cuarenta años, abrigo largo hasta los pies, algo raído, y pa–

ñuelo negro a la cabeza a guisa de toquilla. La acompañaba un niño como de unos diez años, y noté tiritaba apesar de que en aquella noche calmosa no hacía frío, aunque la humedad que la niebla depositaba era molesta.

—Perdonen, — balbuceó acercándose la mujer. — ¿No son prácticos ustedes? ¿Saben si ha llegado ya el «Arlequín»?

—No lo creo, — se apresuró a responder Aracil.—Pero me parece que llegará pronto. Así tenemos el aviso nosotros.

—Muchas gracias,—respondió humildemente la mujer. — ¿Y sabe dónde debe atracar?

—En el muelle de Barcelona... Creo abarlobado al «Peñón de la Gomera».

—¿Dónde es y por dónde se vá?

—Por aquí, — dijo Jarsola señalando al mismo tiempo. — ¿Qué desea V. ver a alguien? Ahora no podrá subir a bordo hasta que tomen sanidad.

—No importa, — repuso la mujer, — pero quiero ir... Mi esposo es el primer oficial y me han telegrafiado de Valencia que viene gravemente enfermo y tengo un presentimiento doloroso...

— Vamos, yo la acompaño. —Dijo resuelto Jarsola.

— ¿Y la historia de la infeliz suicida? — pedí yo, temiendo no enterarme del desenlace y poder pulsar los grados de fantasía de mi simpático desconocido.

— Pierda V. cuidado... yo la terminaré, —respondió Jarsola, y dirigiéndose inmediatamente a la recién llegada:

—¿Y V. vive aquí a Barcelona?

—No señor, — respondió ésta, — vivo en Masnou, nunca había venido a esperarle;... pero figúrase, ayer por la tarde recibí el telegrama anunciándome que estaba grave, que hoy llegaban... Yo inmediatamente me puse en camino, aunque Antonio — señalando a su hijo, — no está bien de salud. No

obstante se empeñó venir conmigo y como que si se le contradice está propenso a un ataque, me lo he traído... Hace poco nos hemos decidido venir a esperarle en el muelle apesar de la humedad... Estamos impacientes: no hemos podido dormir en toda la noche.

— No, no ha llegado todavía, ahora vamos allí, andando, andando... — y hablando conmigo: — Y... concluiré la historia... porque necesito que V. la sepa.

—Esto veo que va para largo, Luis. ¿No marchas hoy? Te quería despedir dignamente pero por el rumbo que llevas... será tarde.— Dijo Aracil despidiéndose con una simple mirada y andando con cierto énfasis.

—Yo también debo irme... que es muy tarde, las tres y cuarto... — agregó Rivas. — Adiós, Jarsola; feliz viaje. Celebraría señora que su esposo se encontrara mejor... El ya me conoce, soy Rivas, el capitán del pesquero «Tiburón». Adiós todos ¿eh?— saludó cortésmente y fuese precipitadamente, adelantando

en su camino a Aracil, cruzándose un ligero: *¡Buenas!*

Yo ya me hallaba compenetrado por el ambiente y hubiera deseado que la contraversia de Jarsola y Aracil prosperase, que sus palabras adquirieran acritud, y que Jarsola en el paroxismo del dolor por su amada, llegara a agredir a su contrario, entablándose feroz lucha... Y preferible hallarse presente el capitán del «Torquemada», que la contienda hubiera sido mas salvaje y la sangre brotada de aquellos cuerpos, al caer las gotas dentro al mar, que bien se hubiera oído en el silencio de aquella noche que acababa, me hubiera parecido como quieta oración en loor de la víctima, de la apellidada por Jarsola: «la diosa de la costa catalana». La realidad es el peor enemigo del novelista, y desengañado, iba también a despedirme, cuando el enamorado marino me cogió amigablemente del brazo y díjome:

—Me acuerdo, me acuerdo... — y empe-

zando a andar. — Siga V. también, señora. Usted también puede oir las miserias de los compañeros de su marido. ¿Es penoso, no es verdad, ser esposa de un marino? Siempre lejos, siempre apartado... un sueldo irrisorio y sin retiro, sin indemnización alguna... Estando enfermo o siendo viejo, el hambre por compañero.

—Siempre se lo digo a mi esposo que no navegue mas... pero dice que en tierra no sirve para nada...

—Porque un marino debiera tener derecho a ganarse la vida... porque el honor de nuestra carrera es respetable y repugna entregarse a ciertos trabajos, mezclados con seres vulgares, que ni han estudiado, ni han viajado, ni conocen las grandes tragedias libradas cara a cara con la muerte y no están saturados de valor noble y sincero... Pero es tarde, a las cinco debo estar a bordo... hoy parto para América y me es preciso dejar rehabilitada Cristiana.

Empezaba a notarse que alguien ya transitaba por el muelle...: hombres cargados con cestos y tapabocas liado al cuello pasaban como sombras y buscaban algún lugar para resguardarse de la humedad... En el paseo de Colón se oía el rodar de algún coche...

CONTINUA LA HISTORIA DE ANCOBENCH

—La compañía en la que navegaba don Jaime, quebró. — continuó Jarsola dirigiéndose a mí. — Quebró porque en España la marina no interesa, y al crear una Ley no se piensa en el mar sino en que tal o cual personalidad política conviene recompensarle indirectamente, y la forma mas llana y sencilla es halagar a unos cuantos armadores, invocar al patriotismo, interesar a las clases vivas, y bajo el nombre de gran estadista conseguir sus fines: y a la Marina y a los marinos que los parta un rayo. La ley de Comunicaciones marítimas es un engaño a la

Nación, una burla sangrienta al marino sometido al espejismo de la vejez y un descarado favoritismo a determinadas compañías en detrimento del aumento de flota.

Ancobench quedó sin plaza, desembarbarcado en época que el personal nautico sobraba; y enemigo de cortesanía no supo pedir, adular, ni aprovecharse de amistades pretéritas. Con la pérdida de las colonias la marina española había recibido rudo golpe. Y la toxina mas venenosa para la carrera náutica estaba en sus estudios descuidados, que no respondían a las necesidades modernas y las escuelas especiales eran invadidas por muchachos inservibles, torpes y petulantes, viéndose obligados sus padres, para echárselos de encima, a embarcarlos sin sueldo, presentándose un desbarajuste en éstos, y una abundancia de sufrimientos descaradamente aprovechado por los armadores, que al tener sus buques asegurados les importa poco que la raza marinera se degenere. Así es que An-

cobench no podía encontrar colocación digna de su rango, pues en las compañías prestigiosas se cotizaba mas alta una augusta influencia, que el valer profesional. Y como los acaudalados catalanes han perdido la afición naviera, si bien hay mucho capital en el mar; pero la gerencias que lo manejan no han nacido a nuestra tierra, y con patriotismo digno de imitación por nuestra parte, nos excluyen de sus buques, quedándonos tan solamente algunas barquichuelos de vela, restos del antiguo esplendor y que nos señalan el camino de las tumbas oceánicas. El padre de Cristina, que jamás consideró digno descender, empleó sus ahorros en sostener el mismo fausto de su casa como en tiempo de embarque y en prodigar a su idolatrada hija todos las placeres, honestos, imaginables. Turégano, también anduvo por Barcelona mucho tiempo desembarcado, y como su mayor conocimiento era la familia de su antiguo capitán, continuamente estaba

en su compañía, y siendo Cristina cada día mas apetitosa, sus ocios eran agradables, inflamando el corazón de la virgen, halagándola con promesas, sitiándola con ardorosas palabras que formando concresión de amor duro en su cerebro, la predisponían a los grandes sacrificios de heroína del sentimiento. A cada vuelta de mis viajes lo veía mas acentuado, pidiéndome a mí: Cristina a mí!—aquí tuvo que enjugarse las lágrimas y marcar pequeña pausa,—que yo intercediera entre mis amigos para que Turégano encontrara colocación... Si era en tierra mejor!... y de su padre ni se acordaba! Y D. Jaime callaba que sus ahorros fenecían y fuí yo quien un día le ayudé a desembarazar el saloncito sagrado, a deshacer cuidadosamente aquel pagano oratorio, para llevarlo a casa un ricachón gustoso de rarezas, y a quien Ancobench lo había vendido. ¡Qué día tan triste fué para él! El, estaba convencido que el hombre que desprecia la vida, que lucha

siempre con la muerte y la honra profesional, no debe asemejarse al vulgar comerciante que seguro en su casa, especula y se previene de las alternativas del negocio! No supo comprender jamás, que un marino, amante de su profesión, valeroso y sabio, pudiera encontrarse en extrema carestía.

Ancobench era ingénuo: su alma era tan simplificada como un paisaje de mar y cielo, y solo por habitud, porque usaba de autoridad en los buques, gustaba de conservarla en casa propia; y esposa e hija ignoraron, por obediencia, su estado pecuniario. Un día so pretexto de la fiesta mayor de Lloret las alejó de Barcelona por toda una semana y fué cuando llamándome a mí que sabía gustaba obedecerle, le ayudé al traslado, y ví, al hombre que jamás lloró, que derramaba abundantes lágrimas y se desprendía de los objetos mas queridos con un largo y prolongado beso que parecían de muerte sobre el el frio metal del sextante o catalejos y resba-

lando por la superficie lisa de la esfera de un cronómetro.

—Mira—me dijo—de todo cuanto ves hoy, no digas ni una sola palabra a nadie... ni menos a mi mujer ni a mi hija. De hoy en adelante esta habitación estará cerrada. Nadie, nadie absolutamente podrá entrar. Si alguna vez ellas se quejan de mi mandato, tachándome de déspota, procura tu, abonar mi conducta... En casa no hay dinero: el Sr. Comellas, que tanto le gustaba lo exótico de esta sala, me lo ha comprado por tres mil duros. Miraré si con ellos puedo pasar hasta que haya oposiciones para prácticos... que Dios mediante creo obtener una plaza...; porque a no ser así estoy perdido. Yo para navegar de cualquier cosa y de cualquier manera, no sirvo...—y reaciéndose de pronto como si mandara una maniobra.—Ves, avisa abajo: hay los del carro y diles ya pueden subir a recoger todo esto.

—Pobre Cristina...—me atreví a balbucear.

—Por ella lo hago.—añadió Ancobench; volviendo a conmoverse.—No quiero que Hipólito se entere de la miseria: es un buen muchacho pero lo conozco demasiado y sería capaz de abandonarla. ¡Y ella le ama tanto!.. No quiero ni pensarlo que él la abandonase... seguramente sería la muerte de Cristina—y otra vez en voz de mando.—Anda enseguida: que suban a recoger estos tras... tos.

Por aquel entonces D. Jaime pudo convencer a un rico comerciante de Barcelona ¡que ya es convencer! para que comprara un vapor y dedicarlo al cabotaje, pero por los excesivos derechos de abanderamiento se vieron en la necesidad de abandonar el negocio, y Ancobench continuó en la desesperación agriándosele su carácter, hasta hacérsele algo insoportable. Para distraer sus ocios tomó parte activa en la vida societaria, la que siempre ha sido lánguida y apañada

de convencionalismos. Ancobench, amigo de la verdad y la justicia, tuvo fuertes luchas con Aracil, con el práctico que se ha marchado, el pretendiente absoluto de nuestras huestes. D. Jaime comprendió que uno de nuestros mayores males, era estar sometidos al fuero militar y que no era equitativo que los marinos mercantes que llevan el peso material de la vida expansiva de la nación, estuvieran condenados a navegar o a padecer de hambre eternamente, mientras que los de la armada, sin ninguna clase de sacrificios se ocupan de gobernarnos y administrarnos, gozando a costa nuestra, de plazas en las Comandancias de marina, interviniendo en nuestros asuntos que no son de su competencia y cuando su misión la de dedicarse exclusivamente a la defensa de la patria, es mucho mas honrosa que la de convertirse en simples administradores e insignificantes jueces, plazas destinadas a calmar nuestros dolores y miseria en la vejez. Esta lucha acabó de pre-

cipitar su desgracia. El caciquismo marítimo extendió sus redes; somos pocos, nadie nos conoce, nadie oye nuestras quejas y los solapados procedimientos de monstruoso pulpo se desarrollan sin cesar. Quien cae en desgracia con los relacionados con las Comandancias de Marina y la Dirección General, ha perdido todo apoyo y toda probabilidad de éxito. Todos se apartan de él porque para vengarse se aplican las leyes anacrónicas, con todo su rigor... y la legalidad de un código arcáico siempre será injusticia humana, y mayormente cuando no hay derecho a revelarse para protestar, sin caer de nuevo en la pena mas infame.

—Tiene V. razón, señor — exclamó la pobre mujer.—Mi marido lo sabe... Cuando iba de capitán en el «Oceanía», tuvo una coalisión con otro vapor... Dos años ha durado la causa, entreteniéndole en Cartagena y aquí... No podía embarcarse, le amenazaban con la cárcel...; nos comimos todos nuestros

ahorros, y por fin, gracias a una buena persona, a uno que le dijo que de hacerse socio de no se que entidad, le apoyarían... ¡Y eso que mi marido nunca se ha metido en líos!

—¿Qué era Aracil quien propuso salvarlo?

—Creo que sí, señor.

—¡Infame! ¡Qué cinismo! Era el práctico con quien hace poco estábamos hablando? ¿Ve V. como tengo razón? ¿Se merece el hombre de mar, el emisario de la riqueza y la civilización, verse sometido a tales aprobios? ¡Cuánto hay que luchar, cuantos mártires mas, habrá, semejantes a Ancobench, antes que la luz de la justicia disipe las sombras que envuelven los puertos españoles?

—Mamá tengo frio--exclamó el pequeño.

—Cógete fuerte a mí.—Ves, has querido venir... mejor hubieras estado en cama—replicó la madre estrujándolo sobre ella.

—Pronto tendremos redorso—dijo maquinalmente Jarsola y continuando su peroración.—En este tiempo de lucha societaria,

Ancobench, estudiaba el puerto para conocerlo en sus menores detalles: Su idea estaba concentrada en la necesidad de lograr una plaza de práctico y a la primera vacante que hubo, solicitó presentarse a oposiciones, seguro de que nadie reuniría las condiciones marineras y científicas que en él convergían, ya que sesudos y viejos capitanes, compatriotas suyos, no osaron presentarse porque sabían de antemano que en buena lid, Ancobench debía salir triunfante. Extrañará quizás la importancia que doy a un asunto tan simple como el de unas oposiciones que en ellas no luchan ni políticos ni hombres eminentes ¿no es verdad;? pero sepa que la vida del marino, no tiene otra porvenir, que es a lo único a que puede aspirar un capitán estudioso: ¡Ser práctico! Poder vivir junto a la familia es nuestra ambición; pero para conseguirlo debemos granjearnos el favor de nuestros administradores. Ser práctico entre los marinos, equivale a un buen empleo entre los

terrestres. ¿Comprende ahora como una cosa tan simple puede ser la clave, el lazo, la esencia de la tragedia cuyo final ha podido usted contemplar?

—Sí, pero prácticos solo lo pueden ser los que tienen muchas influencias y pueden dar mucho dinero—replicó la mujer, tal vez de oirlo a su esposo.

—Si señora—añadió satisfecho Jarsola—raras veces, aún que se dan casos, lo dan a quien se lo merece,—y hablándome amí.—Si usted pudiera convivir algún tiempo entre los marineros a cada momento hallaría una confirmación de mis palabras. Ya he dicho que Ancobench era respetado y en saber reconocido y al anunciar que él se presentaba, todos los de categoría se retiraron, excepto unos cuantos jóvenes, algunos de ellos animados de nobles propósitos de sumar méritos para el porvenir; y otros, secuaces de Aracil, del práctico que hemos tenido el disgusto de saludar, petulantes y casquivanos,

sin navegación que les acredite ningún mérito, pero envanecidos de ser asiduos aduladores de los empleados de la Comandancia. También se presentó otro, un desconocido uno que no era de Barcelona ni de nuestras costas, un capitán apoyado por la Compañía de Correos de las Colonias, desafiando nuestra dignidad. ¿Porqué no decirlo? ¿No he dicho antes que las compañías navieras, con gerentes no catalanes, solo admiten en sus buques a compatriotas regionales? ¿Qué más lógico pues que amemos solo para nosotros las únicas prevendas de que podemos gozar, que son las plazas de práctico de este puerto, ¡puerto nuestro! en el que se confunden nuestras alegrías y nuestros dolores?

—Permítame que no sostenga la misma teoría. No soy amigo de patrias chicas. No encuentro razonable esta defensa—opuse yó.

—Porque ignora nuestras luchas. Usted me obligará a decir, lo que es mejor para callado. Es que hoy los marinos catalanes so-

mos los despreciados, los *forasteros*, aunque le moleste la palabra: pero la siento y la digo. Invaden nuestro puerto y nos hechan de casa; nos imponen su criterio y por culpa de ellos impera la soberana voluntad de la Comandancia de Marina y de una Dirección General que agarrota nuestras iniciativas, privándonos de luchar cara a cara con el enemigo común, obligándonos a dar tristes espectáculos de luchas fraticidas, que con su trabajo de zapa provocan!—y despues de breve pausa como si razonara.—Veo que mi tesis le disgusta; usted es periodista, es superficial, ama solo la parte efectista: iremos a ella que quizás le convenza más que mis razonamientos. Acepto que el candidato impuesto por la Compañía de Correos de las Colonias, era español y era marino y por lo tanto las leyes le amparaban para respetársele sus aspiraciones; sabíamos que no contaba tantos méritos como Ancobench, pero no nos importaba: el tribunal tenía que

fallar... y falló..., después de efectuar los exámenes a puerta cerrada, después de prohibir la entrada a una porción de instruídos capitanes y pilotos que a la sazón se hallaban en el puerto y que estaban acostumbrados a presenciar estos actos; únicos donde han lugar verdaderas disertaciones de ciencia náutica; únicos donde podemos aprender algo nuevo, puesto que los opositores van bien pertrechados.

"EL PETIT CHIRINGUITO"

En este momento llegamos al extremo del muelle, doblamos junto al edificio del «Mundial Palace» para no toparnos con el casetón de madera, refugio de los cabos de mar, al lado mismo de la escalera del embarcadero de las *golondrinas*. Se nos presentó la Puerta de la Paz, con su regia anchura salpicada de altos postes metálicos de los escasos arcos voltáicos, ilu- iluminando el zócalo del monumento a Co-

lón, cuya efigie desaparecía sobre el mantel de niebla que reposaba hasta en la tranquila superficie de las aguas, dejando a su paso humedad abundante, tomando el pavimento y los edificios al aspecto de haber sufrido reciente remojón de silenciosa lluvia. Allí en la ciudad, luz amarillenta, amarillo de calabaza, denotaba la Rambla solitaria, siendo su luz como la de un incendio innecesario. Algún tranvía chirriaba al fregar sus ruedas en las curvas de los rieles y oyéndose el sonar de la campanilla avisadora. Jarsola preguntó a un barquillero si había llegado el «Arlequín,» asegurándole éste, que todavía no.

—Mamá, tengo apetito...—tartamudeó el niño.

—Si, monín? ahora precisamente pensaba en ir a esperarnos en aquel kiosco,—contestó Jarsola.

—No, nosotros nos esperaremos aquí... —balbuceó la mujer haciendo ademán de

sentarse sobre la gruesa baranda de las escaleras amplias del desembarcadero.

—Usted no se queda aquí—añadió inmediatamente Jarsola,—usted se viene con nosotros. Usted es la esposa de un marino, de un compañero, y en donde haya uno, usted tiene derecho a estar con ellos. Ven niño, ven. ¿Cómo te llamas? ¿Antonio? Pues ven Antonio, vamos a este kiosco, al «Petit Chiringuito»—y cogiéndolo de la mano, lo arrastró suavemente hacia una bien parecida instalación de bebidas, cercano al comenzamiento del paseo Colón, en su clásico cercado de paseo antiguo: grandes respaldares de petreo banco, con remate de jarrones de bronce y adornado farol dibujando los arcos de las próximas palmeras. El edificicio del Banco de Barcelona, el ruinoso cuartel de Atarazanas, la escuálida Aduana, los buques anclados, todo se divisaba entre la bruma y para de ella resguardarse penetraron en gracioso cercado por biombo de

madera y cristales, con ligero techo adosado al kiosco, pareciendo un pequeño mirador, con sus escasas mesas de mármol, alrededor de una las cuales nos sentamos Jarsola, Budallés, la madre, Antoñico y un servidor. En otra mesa muy cercana, porque el local diminuto así lo exigía, dos hombres regularmente elegantes y dos damiselas de perfil tanagrino la una y jamona su compañera, abrigo de terciopelo y graciosa capota las dos, sirviéndolas de marco a las bonitas caras que a tener defecto sería el de excesivos afeites. Sus risotadas nerviosas denotaban la artificial alegría del vino, y dos botellas Codorniu extra rodeadas de cuatro copas lo afirmaban. Seguramente celebraban un capricho de mujer veleidosa y ansiosas de libertarse de la asfixiante atmósfera de un restaurant de *music-hall* y escusa para no encerrarse en la alcoba con aquellos dos hombres de modales bruscos, de maneras pesadas, algo embrutecidas por el alcohol

absorvido en una noche de juerga, y seguramente sirviéndoles ellos de pretesto para sus risotadas epilépticas. Yo prescindí de la singular compañía alegrándome solamente llegar a tal sitio para descansar de tantas horas de estar de pie, teniendo mis miembros entumecidos por la humedad absorbida. Pedimos unas rodajas de salchichón, unos panecillos y sendos vasos de moscatel. Jarsola miró con odio a su reloj y continuó, como hasta ahora, en el uso de la palabra.

UNAS OPOSICIONES DE CAMAMA

—Tres cuartos de hora me quedan para permanecer a tierra. A las cinco en punto debo estar a bordo; mejor dicho: debería estar ya; pero llevo buen piloto y hará todos los preparativos necesarios... Aquellas oposiciones á práctico fueron la ruina de mi maestro. Todo se había conflagelado contra su persona, pues pesó el imperioso deseo de que fuera práctico el capitán de la Compañía de Correos de las

Colonias, y contra razón, a pesar de ser sordo, a pesar de no reunir las condiciones de Ancobench, lo hicieron triunfar, escarneciendo, befándose aun de nuestras protestas. ¿No tiene de esto la culpa la Comandancia de Marina? Si... porque a no existir el elemento militar, hubiéramos podido revelarnos contra tamaña injusticia, mientras que ahora debemos callar ante el temor a las leyes que los amparan: ¿Merece nuestra clase tan severa autoridad? ¿Somos acaso seres indómitos que necesitamos ferreos códigos para doblegarnos a la obediencia? Estas ideas, estos pensamientos eran los que bullían en el cerebro, en la sangre de Ancobench, y al saberse la orden de las oposiciones a puerta cerrada, protestó a grandes voces, y un teniente de navío, D. Ernesto Gimenez de Guevara, que actuaba de juez en la Comandancia y era secretario del tribunal examinador, lo llamó al orden... Ancobench se resistió contestarle porque tenía que presentarse a opositar... quizá

fué una debilidad admitir ser examinado en circunstancias que él creía anómalas, pero pensando en su esposa y en su hija, se decidió a sujetar su genio y a probar fortuna. Tuvo un rasgo de noble orgullo español: confió en la justicia de leyes y formulismos, creyó que su saber era garantía para obtener la plaza... Ignoro que oposiciones haría; seguro serían magistrales, pero el fallo del tribunal recayó a favor del opositor sordo y advenadizo... Cuatro años que actua de práctico este señor y tres que Ancobench bajó a la sepultura... Cuando D. Jaime oyó el fallo, cuando se dió cuenta de la realidad, sulfuróse y perdió la noción de civismo. El, respetuoso hasta con sus subordinados, sublevóse contra sus *superiores*, que superiores representan los que actuan en la Comandancia de Marina. Enfermo en cama, así lo narraba: «cuando ví la enormidad del fallo, sentí odio por todo lo existente: me dí cuenta que la Comandancia de Marina, en piso de alquiler, es un local

ridículo, en el que ni siquiera hay lugar destinado para los oficiales de la marina civil, debiéndonos codear con marinos degenerados, con procesados por robos, con sospechosos y harapientos, sin deferencia ninguna para nuestra carrera. Me dí cuenta que yo era algo, que poseía un título e historia brillante, que tenía derecho a protestar y protesté... y un teniente de navío, un joven, un ser humano que no podía haber navegado tanto como yo y que por sus trazas era mas amante de tierra que de la mar, me impuso silencio, amenazóme en arrojarme del local... ¡de nuestra casa, Jarsola!.. Y no pude resistir, no pude contenerme y le pegué. He ahí mi proceso»—y continuó Jarsola.—Ancobench sintió que la miseria inundaría su hogar, presentía el dolor de sus dos amores, que tuvieron que sentirlo, siguiendo a su envidiable felicidad las grandes privaciones y la historia fatalmente vulgar, de la degeneración del vencido... Su esposa, para mayor pena, vino

embarazada, y la carestía suscitó por casuales complicaciones, desagradables escenas conyugales, y al sobrevenir la muerte a Ancobench precipitó la de ella que pereció en el parto de un ataque de embolia. ¿Y ella, la hermosa y santa Cristina? ¡En la flor de su edad y en la madurez de sus ilusiones sufrió los mas atroces desengaños! Turégano logró embarcarse en la Compañía de navegación trasatlántica «Hispania», y ella continuaba mas enamorada que nunca: y las cartas cada día mas llenas de ambrosía destilaban la miel de un corazón dulce... Turégano continuaba escribiendo a Ancobench; era aun de la misma Asociación, por la que procuraba adeptos, deseoso que se engrandeciera para que su futuro suegro tuviera mas fuerza y triunfara algun día; pero la guerra sorda de los adictos a la Comadancia logró atraérselo y Cristina recibió menos cartas, y con su clara inteligencia, frente a frente a la realidad, tuvo un vago presentimiento. Un viaje,

el vapor en que Hipólito iba de tercer oficial, llegó a Barcelona, y Cristina ni recibió su visita ni noticias. Ella no exhaló un suspiro para que sus padres no mas penaran, y al morir éstos, para acallar el dolor que a todos momentos estaba a punto de desbordarse en torrentes de lágrimas, se entregó por completo al cuidado de su hermanito y en él reconcentró todas sus caricias y dulces halagos... Yo mas de una vez la encontré sollozando; y mudo ante su hermosura, absorto ante su cuidada neglige, admirando sus modestos vestidos cubriendo un cuerpo de delicias, me parecía como imagen santa y... entonces me acordaba de su billetito con olor a trefle. Yo ya era capitán, y mandaba buque...; pero temí declararle mi puro amor, aunque no podía amar a otra mujer, porque soy feo y porque mis prolongadas ausencias exigían una esposa honesta y Cristina lo era así como la única en quien yo podía confiar... Yo sabía que Turégano la había olvi-

dado, que empezaba a cortejar a una hija asquerosa y mal educada, del inspector de la compañía «Hispania». Cristina que sabía bordar, trabajaba todo el día para ganarse miserable jornal... y declararle mi amor, pedirla su mano en semejantes circunstancias, me repugnaba, porque quizá hubiera aceptado ser mi esposa y yo hubiera tenido el remordimiento de hacerla infeliz.

NUEVAS ADHESIONES

—¡Vivan los marinos! ¡Vivan los hombres simpáticos y expléndidos!—Gritó, levantando la copa de champaña, una de las dos mujeres, la mas alta, la mas delgada, de ojos diminutos y picarescos. Los dos hombrazos, hoscos y mustios, respondieron con una sonrisa de agradecimiento y uno de ellos se atrevió a continuar el brindis.

—¡Vivan las sirenas que nos endulzan la existencia!

—Estos son marinos... gritaré mas para

que nos oigan—observó rápidamente Jarsola, consultando de nuevo el reloj y levantando la voz.—Me faltan veinte minutos para partir. Continuaré la historia de la desgraciada Cristina... historia que todos los marinos deberían saber, para que aprendan, para que se decidan a unirse, para que el caso de Jaime Ancobench sea el punto de partida de nuestras reveindicaciones. Dentro nuestra carrera habrá muchos males: los armadores nos explotan, la opinión nos olvida, pero la principal causa estriba en nuestra organización, en este ten-con-ten que tenemos que sostener con el fuero armado, que priva criticar la obra de nuestros administradores.

—Muy bien...—clamaron los dos hombres, que habían parado oídos y como si aquello viviera en su sangre, aun que abílicos para traducirlo en lucha.—¿Ustedes también son marinos?

—Con toda honra—contestó Jarsola.

—¡Viva la marina mercante!—gritó la

joven alta delgada y de ojos pequeños y picarescos, levantándose sobre la silla, después de haber besado ruidosamente a su compañero y lanzando graciosa carcajada.—El día que la fortuna me depare un querido viejo y millonario, no le querré hasta que compre un yate y tú seas el capitán—y sentóse volviendo a besar al designado.

Algunos de los trabajadores que perezosamente iban acudiendo al muelle para ocupar sus cotidianos puestos, se paraban frente al pequeño y cerrado mirador, contemplando aquel reducido recinto de extraña juerga, que se destacaba de la monotonía de la intemperie. Al exterior debían oirse las risas y el murmullo de la conversación. Debían parecer un aislado grupo de polichinelas dentro una jaula de cristal solitaria Era un local de descarada visibilidad, por lo que el recato y la benefactora decencia, obligaron a la esposa del primer oficial del «Arlequín» a retirarse e ir a esconderse en la inclemencia de

la anchurosa plaza. Yo noté enseguida la lucha que sostenía aquella pobre mujer, ante la gratitud a Jarsola por haberla convidado y estar junto a unas mujeres no conformes, entre hombres desconocidos. y en aquellas horas. Jarsola, embriagado por la emoción de su amor, la gran tragedia y exceso de verborrea, había perdido el sentido de la realidad. Estaba propenso a decir las mas atroces barbaridades: y sus largos y negros cabellos eran un montón enredado que aumentaba el desencajamiento de su cara flaca y embebida como extragada por el placer. ¿A caso no fué un placer el emitir tantos conceptos y maldiciones? ¿No pudo ser el placer de la venganza? El, que su ingenuidad revelaba una naturaleza vírgen, no reparó en acercarse a la mesa de las dos meretrices, y sus ojos escapándose de sus órbitas denunciaban que todo el vigor de su débil juventud ardía en sus tuétanos.

—Oh... perdonad... pero yo no puedo estar aquí,—me dijo la infeliz esposa y arrastrando a su hijo.—Oh, como tarda el vapor! —en este instante se oyeron dos largos y potentes ronquidos de silbato pidiendo amarrador—¿debe ser el «Arlequín» este? — y sin aguardar respuesta salióse de aquél singular cafetín... Antonio no quería seguirlo porque gustaba de aquel ambiente templado, y sus ojos vagos, brillaban desmesuradamente.

Jarsola no se dió cuenta. Ebrio se acercó a la mesa y aguijoneado por la aprobación de sus compañeros, repitió:

—Esta noche, en este puerto, acaba de consumirse un crimen. ¿No oisteis hablar hará cuatro años, de un asunto ruidoso de prácticos? Entonces todos los marinos españoles lo miraron indiferentes. Hoy ha muerto para siempre nuestro espíritu, nuestra dignidad, encarnada en la hermosura y pureza de Cristina Ancobench.

—¿Tú te ocupas mucho de cosas nues-

tras?—replicó el que estaba al lado de la del brindis.—Tú también crees que los marinos podemos hacer algo? No, jinojo, no. Los marinos bestias toda la vida. ¡Viva la marina, concho, eso sí... ¿pero pasarte malos tragos?.. Cuando llego a Barcelona ahí está mi hermosa y ella calma mi hastío y lo ahoga en caricias, jinojo. ¿Encontrarla hermosa tú? También es buena chica y esta otra también, concho. Ves, así practico yó el compañerismo. A bordo quiero me respeten: allí soy el capitán; pero en tierra salimos juntos: este es primer oficial y quererlo como a un hijo, concho. Bastante padecemos por la mar que aquí en tierra viva el jolgorio... otra copa Natalia... por las mujeres bonitas!... Una cosa envidio a los catalanes; Barcelona. ¡Cuidado que hay mujeres hermosas en Barcelona, concho... otra copa Natalia!.. bébete una tú!... ¿No?... ¡Vivan las mujeres guapas de Barcelona!

—¡Vivan!—repitieron a coro las dos evas y el primer oficial.

—Sí, usted tiene razón. Es verdad que el marino sufre por la mar, harto padece en el duro ejercicio de su profesión para cuidarse, cuando está en tierra, en las pocas horas que le quedan libres, de sociedades y luchas que desgraciadamente solo producen disgustos entre compañeros, — añadió Jarsola esgrimiendo con mas esfuerzo su peroración persuasiva, avasalladora. — pero a veces es preciso de robar algo al egoístico placer y preocuparse de nuestro porvenir. Yo quisiera hacerles memoria... ¡Pero Dios mío como corre el tiempo!... Debo marcharme... ¿Y dejaré el cuerpo de mi adorada Cristina sin que nadie lo llore ni conserve mi deseo de venganza?... Oh, escuchad... un momento... perdonad que ose turbar vuestra alegría... que enturbie el champaña, que detenga por un instante vuestros labios ansiosos de besos... Esta noche, en este puerto, no muy

lejos de aquí, se ha suicidado una joven, la hija de un compañero vuestro, de un capitán de la Marina mercante, arrastrando tras sí a un hermanito de tierna edad... De esto no hace muchas horas, y sus cuerpos pasarán al pudridero común sin la menor ceremonia, apesar de ser hijos del que luchó con mas ahinco por nuestra causa y el que en ello perdió la vida. Los dos hijos de Ancobench han sido víctimas de la indiferencia de los oficiales de la marina civil, los que no tenemos valor para luchar como obreros, ni ciencia ni voluntad para mantenernos como hombres de carrera... Nosotros somos una raza aparte, y los hijos de Ancobench claman venganza.

—¿Qué fué capitán del «Casanovas» este que usted dice?—preguntó Natalia.

—¿Lo conoció?—dijo indiferente Jarsola.

CHARLA FEMENINA

—El me retornó la simpatía por los ma-

rinos... Yo soy hija de la costa y junto a la playa perdí mi virginidad que la ofrecí a quien creí héroe de ellas... Llevo sangre de marino en las venas y no concebí pudiera engañarme quien tal se titulaba. Me equivoqué: entonces conocí a Ancobench y no pude hacerle mi amante. Odié al mar y fuíme a Madrid, mas la nostalgia de la brisa, el contraste de la gente que yo tenía que tratar con los que prefería, me obligó retornar a Barcelona, donde todos mis amigos son marinos, a donde a nadie quiero ni a nadie hablo sino a los marinos,—y de pronto abriendo sus pequeños ojos fijándolos en mí y demostrando expontáneo dolor con exagerada mímica y acabando en llanto exclamó:— ¿Y esta noche los hijos de Ancobench han muerto, suicidados?... Yo también soy culpable porque él... tuvo la culpa. Infame...! sí, sí... infame, infame, — y concluyó en una crisis de llanto, calmándala su amiga y azarándose los marinos, aconsejando Budallés que le

rociaran con agua fresca, votando yo para que la dejaran y hablando Jarsola como si estuviera en su cabal sentido.

—Hable por Dios... usted conocía a Ancobench? usted sabe de él, de mi maestro, del padre de... mi Cristina... ¿Usted conocía a Cristina?... Ahora debo abandonarla... —Jarsola radiente, se acercó mas a Natalia, sin respetar a sus compañeros, besándola en la mano, abriendo ella los ojos agradecida de tan caballeresca y poca usada galantería y como salida de un sopor, entre oportunos sacudimientos nerviosos continuó:

—Conocí a Ancobench por culpa de mi deshonra... por culpa del mónstruo que me arrancó de un hogar feliz... Tenía yo 17 años y él, ayudante de marina, atildado y parlachín, me requebró de amores y juró por la luna que rielaba espléndidamente un mar tranquilo y calma, que yo sería la esposa de Ernesto Giménez de Guevara...

—¿El mismo que surró Ancobench... el

que fué causa de su proceso?... — observó Budallés.

—El que se pirraba de ser marino y y era solo un vulgar comerciante... el que hablaba de honor y carecía de conciencia...— continuó Natalia, bebiendo un sorbo de Chartreuse, sacando de su gran bolso de fantasía una elegante brocha para polvorearse.— Fué trasladado a Barcelona y jamás tuve noticias suyas, hasta que me atreví venir a su encuentro... Al verme no tuvo valor de rechazarme porque notó estaba decidida hasta al crimen; mis ojos debían espantar, por cuanto él, el eterno pendanciero, fingió pedirme perdón por su silencio... ¡Cobarde! Escusándose en su mucho trabajo en una academia preparatoria de capitanes y pilotos, correos, telégrafos, maquinistas, y en escribir libros... en preparar un plan para ganar miles de pesetas y hacerme su reina... ¡Embustero! Y me llevó a una casa de huéspedes, donde se hallaban otras mujeres, que me consolaron en mi

aflicción y a la primera escasez de dinero me aconsejaron para que jamás me faltara el comer ni vestir. Y fuí separándome de él porque mi amor disminuía, convirtiéndose en odio... y le encontré muchas noches en el Eden-Concert, y allí, galanteador para vencer mi desprecio, me presentaba a los amigos que le adulaban y me obligaba a estar con ellos, a cenar muchas veces y me aburría... Sus únicas conversaciones giraban sobre mujeres o sobre sus odios con compañeros de carrera, con marinos mercantes y de proyectos de tegir una trama para ser todopoderosos y ganar el dinero a manos llenas... ¡Ni una palabra noble, ni un pensamiento simpático, ni un proyecto honrado! ¡Cuánto añoraba yo mi pueblecito, mi familia a la que yo no mas había visto... y que no podía volver a ver... Una noche salí furiosa de su palco: se atrevió a insultarme y a despreciarme... Tuve intenciones de promover un escándalo, pero temí que él se alegrara para poderlo contar como

un episodio de su vida... Huí de su colección de amigos *corridos* y tronados y fuíme a una mesa donde solitos estaban dos jóvenes monísimos, uno de ellos rubio como un angel, los dos de ojos espantados, suplicantes los pobrecitos de que alguna de nosotras pegara los cálidos muslos contra los de ellos. Senteme en medio. Mas de una amiga mirome despreciativa y hasta se atrevió llamarme viciosa. Pero yo, necesitaba oir palabras entrecortadas por la emoción, estaba harta de chistes y frases grotescas. Ninguno de los dos lindos muchachos supo que decirme; quisiéronme sin embargo agradecer mi caridad, y me preguntaron si conocía a Gimenez de Guevara, y lo decían porque me habían visto separarme de él y querían avisarme de que era un pillo y un sinvergüenza. Correspondí a sus tiernos cuidados con un beso doble, tranquilizándoles al asegurarles que yo le odiaba. Les pregunté de que lo conocían; digerónme ser marinos; creció mi

simpatía por los dos iniciados y les expliqué cuanto de Guevara sabía.

Al día siguiente conocí a Jaime...

—Oh... señora... Concluya pronto... yo debería marcharme, estar a bordo ya.

—Conocí a Jaime Ancobench... porque al día siguiente me lo presentaron los simpáticos jóvenes. Su opostura, su voz me atrajo. Convidóme a cenar, y aún que pocos momentos había contraído compromiso con un ricachón imberbe y pródigo, acepté la oferta de Jaime.

Durante la noche le hice explicar sus aventuras, los actos mas sobresalientes de su vida marítima... Oh! él conocía a mi familia, al haber yó pronunciado mi verdadero nombre me hubiera reconocido. Cuando yó tenía cinco años, jugando en la playa, montando en riscos resbaladizos, caí al agua y él me salvó. No lo había visto más, ni jamás oí hablar de él sinó a mi madrecita, cuando me recordaba mi travesura que por poco me

cuesta la vida. Concluídos de cenar en el foyer, Guevara que estaba en otra mesa lejana, completamente borracho se acercó a mí y me tiró un requiebro soez. Mi indignación no tuvo límites.—¿Conoces a este imbécil?—pregunté a Ancobench,—pues es tu mayor enemigo. Es Giménez de Guevara.. lo saben también tus amiguitos que te han presentado a mí.—Yo no tengo enemigos entre los hombres,—contestó el bravo marino con un aplomo que me desconcertó.—Es que este hombre es un mónstruo,—clamé yó fuera de sí, llena de ira, deseosa de venganza... anhelando fascinar a Ancobench, para convertirle en león que se precipitara contra el chacal aborrecible, contra el ladrón de mi honor que en aquél instante se hiba de brazo, tambaleándose, de una artista antipática y chocarrera. Excitada por el odio, puse todos mis encantas a la disposición de Ancobench, concentré todas mis artimañas seductivas, lo estrujé entre mis brazos, besándole

furiosa, mordiéndole con acometida bestial de deseo... — Y Natalia dijo a su compañero que la miraba absorto, con cierto estupor, lo atrajo hacia sí y mordiéndole en la barba exclamó:—Oh... monin, no te enfades, no me mires de esta manera.... a tí también te quiero...—Le besó repetidas veces en su cara sin afeitar y encarnadota y continuó dirigiéndose a mí y Jarsola.—

—¿Pero cómo lo sabes que es mi enemigo? — exclamó por fin Jaime procurando deshacerse de mis acometidas. Yo, entonces, noté su frialdad, ví que mis caricias no hacían mella en aquel hombre que corriendo mundo tantas mujeres bellas debía haber conocido, y pensé que destilando el veneno de la rabia que mi pecho abrigaba, lo atraería mejor y mi fantasía con mezcla de realidad, con un recuerdo vago de las conversaciones que jamás me interesaron y que ahora quisiera saber palmo a palmo, le dije todo cuan-

to pude acerca de lo que se intentaba para aniquilarle.

— ¿Y qué es ello?... Diga... ¡No tendré tiempo de saberlo! — preguntó nervioso Jarsola.

—No sé, ni mi cabeza ahora trastornada por el champaña, está segura de cuanta verdad puede decir. Giménez, decía que tenía que imponerse, que a sus amigos tenía sobradas influencias para favorecerles y medios para a los enemigos aplastar. Que los marinos mercantes eran unos camellos, indignos de consideración alguna, que todos los que intentaban la separación de la marina civil a la de la Armada eran unos insensatos y que necesitaban el látigo porque eran indomables. Y que el primer camello, el primer indomable que debíase flagelar era Ancobench. Y su cohorte de admiradores, tipos ridículos, le proporcionaban planes para favorecer sus aspiraciones, deseosos de ser prácticos del puerto de Barcelona. A to-

dos, Ancobench les hacía miedo, era necesario sacarlo del medio. Y Giménez a menudo repetía: — ¡Ancobench me criticó porque yo tenía academia preparatoria de capitanes y pilotos y un día que formó parte del tribunal, suspendió a alumnos míos! ¿Qué le importaba a él que salieran mas o menos pilotos? Me perjudicó mi bolsillo y justo es que yo ahorade el suyo. Quien me la hace me la paga. Ancobench no será práctico o yo no soy nadie. Vosotros tampoco en esta convocatoria. El gerente de la compañía de vapores correos de las Colonias nos suplica admitamos su candidato. Aracil dice que es conveniente para el cuerpo de prácticos, que nos sometamos a tan justa demanda. Total teneis que esperar una convocatoria más. Desde la Comandancia de marina tengo medios de provocar las vacantes que me plazcan. Si la cuadrilla separatista e imbécil de Ancobench chilla, les cerraremos las puertas. Por ahora debemos acontentar a los

prácticos que valen, y a la Compañía de Correos de las Colonias: son el puntal mas fuerte para atajar la campaña contra las Comandancias... y los prácticos deben continuarnos adictos porque en la Dirección General no les demos al traste. Hay intereses creados y unos y otros debemos apoderarnos del puerto de Barcelona, estrujar entre sus escolleras el gérmen de la regeneración de la Marina Mercante que flota entre sus aguas. La Marina Mercante es mercado explotable para la venta de libros y fundación de academias, y en él, los unos, se compran por compromiso, y en las otras, se va para salir aprobado sin grande esfuerzo. Es cuestión de hacer dinero, hoy que los negocios escasean, y tejer una red, para fortificarse en una exclusiva... — Y después, levantando las copas de champaña, brindaban por la feliz realización de sus negocios y por el pronto aniquilamiento de Ancobench, el primero que había osado interceptarles el camino.

Natalia apuró otro sorbo de licor y continuó:

—Al oirme hablar así, Ancobench tornaba lívido, sus facciones se contraían y fumaba...mascaba el tabaco. Le invité venir a casa; no me contestó. Levantóse, le estreché entre mis brazos y con mis manos acaricié su faz morena, bronceada, de piel curtida, de gusto varonil. Me besó en la frente y fuese diciendo tan solo: — Adiós Natalia, tengo esposa e hija. — Quedé abatida. Parecióme que mi padre acababa de maldecirme. Dejóme encima la mesa un billete de cien pesetas... lo rasgué, pisoteé los pedazos y presa de la mas extraña desesperación lloré toda la noche...

—Fué esto mucho tiempo antes de los exámenes?—preguntó Jarsola.

— Dos días antes, — contestó Natalia. —Leí el periódico y ví estampada su derrota. Después volvió a verme, amándole yo mas porque supe que abofeteó a Giménez. Supe

que le instruyeron sumaria; y cada día venía a pedirme datos concretos de todo cuanto yo le había explicado. Algún malvado envió un anónimo a su esposa y la infeliz vino a mi casa para insultarme y a punto estuve de arriarle una paliza..; después Guevara me amenazó en matarme si declaraba la verdad de cuanto le había oído decir... Tuve miedo de unos y otros y fuíme a Madrid... y desde entonces jamás he oído hablar de ellos.

— Chica, si es verdad lo que tu dices, metería yo este hombre dentro un saco y con una sondalesa al cuello lo tiro al agua, concho,—exclamó el compañero de Natalia, y a quien esta llama Azcarrieta.

—Este merece la exacración de los marinos. La verdad es, que nos preocupamos poco de nosotros mismos — añadió Larramendi, que así se llamaba el compañero de Azcarrieta.

—¿Y por qué se suicidó la hija de Ancobench?—preguntó Azcarrieta.

ABNEGACIÓN SENTIMENTAL

— Porque estaba en la miseria,—dijo atropelladamente Jarsola — porque su prometido, cuando vió abatido el poder de su futuro suegro, abandonola y cortejó la hija del capitán inspector de la «Hispania», no cejando en su empeño hasta casarse con ella, consiguiendo por tal procedimiento el mando del «Torquemada», arrojándose Cristina esta noche a su misma proa, arrastrando hacia la muerte a su hermanito, único amor que le quedaba, y a quien no dejó sobrevivir por carecer de asilo digno de el hijo de un capitán de la Marina Mercante, para que no fuera confundido con seres desconocidos y vulgares... ¡Rasgo heróico, orgullo de raza... yo lo aplaudo!.. Ella vivía en la miseria, conoció el dolor del descenso de la gloria y no halló el anastésico del retiro, de la consideración... Los marinos no cuentan con ello y cuando lo piden se lo niegan... ¡Y pensar que yo la ama-

ba a Cristina, que mi madre y mi hermana le ofrecían el pan de nuestra mesa... y rehusó... Ella sabía que yo la amaba y tal vez pensó que por gratitud algún día se decidiría a casarse conmigo... y que conmigo no sería feliz porque todavía continuaba amando a Turégano!... Y yo ahora parto... Y Cristina no tendrá quien pose una flor sobre su tumba... Y yo, quien sabe cuando volveré; dentro un año, dos quizá!

—Nosotros nos acordaremos para reveindicarla — dijo Budallés que durante toda la conversación se había limitado a asentir en ligeros movimientos de cabeza.

—Yo mañana iré a verla al depósito y la llevaré una corona — dijo repentinamente Natalia.

—Cuenta conmigo para acompañarte— añadió la jamona su compañera por fin impresionada.

—Y si la compráramos un nincho, concho...? — observó Azcarrieta.

—Con lápida, en la que grabaríamos con letras de oro un epitafio simbólico—dijo Larramendi.

—Yo encabezo la suscripción —dijo en arranque Natalia tirando del portamonedas todo cuanto tenía—Veintisiete pesetas...

—Yo cincuenta —agregó Larramendi echándolos también sobre la mesa sonando chillonamente los duros sueltos al chocar contra el marmol.

—Y yo... diez pesetas...: no puedo mas —añadió Baudallés asaz conmovido.

—Mira, pon por mi cinco duros...—dijo la compañera de Larramendi a éste, que no los soltó de tan buena gana como los primeros.

Comprendí que yo también debía tomar parte en aquel expontáneo y generoso rasgo... El placer de presenciar aquella muda tragedia, de descubrir algo del alma del silencioso puerto, no podía ser de balde. Los deseosos de emociones hubieran pagado al

poder ser espectadores tan directos, y aunque mis medios económicos no eran muy espléndidos, me desprendí de un billete de cien pesetas, que aumentó la pequeña suma depositada.

Jarsola quedó petrificado, sus palabras se entrecortaron con sollozos; su vehemencia tuvo una parálisis alarmadora, no pudo articular palabra; y sus gestos, eran como primitivos y salvajes demostraciones de agradecimiento. Trémulo y en sus facciones una sonrisa de locura, sacó de su bolsillo un puñado de monedas... eran sus avances.

—Pues yo pago el resto...—exclamó Azcarrieta — descargando un tremendo puñetazo sobre la mesa—y diré que digan un mes de misas en Amabegoñakoa, para ella; jinojo..!

—Gracias... gra... cias. — Pudo al fin articular Jarsola. — Aquí llevo su retrato. Yo no puedo desprenderme de él... Besadlo todos los aquí reunidos..; así me llevaré junto con ella la esencia de vuestra alma... ya que

quizá no nos volveremos a ver mas en la vida.

—Indudablemente es solo en el mar donde queda gente expléndida — exclamó transportada por aquel ambiente especial la compañera de Natalia, y quizá inconsciente de lo que decía.

—Si no fuera por mi madre y mi hermana... yo renunciaba al viaje y quedaba aquí junto a vosotros, hasta el sepelio de Cristina... la última diosa de la costa levantina...—concluyó el loco.

DESPEDIDA

—Me parece que el remolcador pita, Jarsola — observó Budallés, generosamente inquieto porque su amigo no se decidía irse a su deber.

—Marcho enseguida... —contestó Jarsola levantándose y ofreciendo sus trémulas manos a todos los presentes. — Adios todos, buenos camaradas... Hoy para mí es día de

gloria... es el descubrimiento de que en la humanidad aun laten corazones... Habladla a Cristina, rezad por mi... Adios — y de pronto. — ¿Y aquella pobre mujer, aquella mártir que venía con nosotros?

—Ha marchado; estaba impaciente por la llegada de su marido... — observó Budallés.

—Miradla, allí está—dije yo.

Salimos en un instante de aquel diminuto mirador, caldeado por nuestros entusiasmos; de aquella jaula cristalina llena de luz; de aquel cafetín de biombo con sus mesas vacías durante el día, y que por un instante se había inflamado de pasiones y amor, brillando sin irradiación en medio la quieta puerta de la Paz, sintiendo inmediatamente el frío húmedo de la neblina y el céfiro glacial que nos doloría el rostro. Era un contraste, aquel local tan pequeño con el espacio grande donde salíamos. Parecía que encerrados en un sagrario, fuéramos arrojados a la soledad aterradora del vacío de la intemperie.

Unos cuantos obreros que se habían juntado, esperando la hora del trabajo, a contemplar a los que quizá envidiaban como a felices juerguistas se retiran indiferentes. Natalia y su compañera, lo mismo que Azcarrieta y Larramendi se ofrecieron acompañarnos.

Nos dirigimos al muelle, cercano, vueltos de espaldas a la ciudad dormida que no nos interesaba gran cosa. El pavimento húmedo con el reflejo de altos focos eléctricos, parecía un melancólico patio inundado. Pasando junto un kiosco negruzco y destartalado, se percibía el olor a aguardiente, del que algunos obreros de pié y envueltos en grandes mantas, bebían. Cambiabáse pronto la emanación alcohólica en tufo de fango corrupto y olor a polvo antracita, traido por la pesadas llantas de los carros que lo trasportaban del muelle del carbón y por el viento que recogiéndolo lo depositaba sobre el puerto, para quesus edificios adquieran pronto una

extraña patina de antigüedad. La inmovilidad del agua en la anchurosa dársena Nacional, imitaba a un lago romántico orillado por sáuces, plagiados por el bosque de mástiles, cordajes, chimeneas y gruas, escondiendo su verdadera forma trás la cortina de la niebla, y entre la que palpitaban los focos eléctricos del muelle de las Baleares, de la Dársena de la Industria y del muelle Nuevo, de donde venía un rumor de continuo golpear de hierro, sin duda del dique flotante, donde picaban el torso férreo de algun vapor; rumor que era mas o menos perceptible segun del lugar que soplaba el céfiro incierto que atorbellinaba en copos compactos el cernidillo. Estas noches invernales, presagio de un espléndido día mediterráneo que sus naturales aspiran con orgullo, son las mas enojosas para el marino que jamás puede gozar las delicias de la Naturaleza: Cuando buen tiempo niebla y en huyendo ésta, las tempestades se inician.

En este momento, la bruma ha llegado

al total espesor, hasta quedar envueltos por una cortina turbia sin distinguir a diez metros de distancia. Oíase el roncar continuo de un silbato cercano... oíase también otros mas lejos, sin duda vapores que entran al puerto, no aguardando despeje la bruma porque los armadores exigen que llegue pronto para aprovechar el jornal de la mañana y puedan estar listos para partir por la noche. Para los meridionales aquella niebla matutina es molesta, alzando yo cuanto pude el cuello del abrigo, escusándome de hablar lo que me fué posible.

Carabineros con anchos capotes oscuros cuajados de gotitas de rocío, con la carabina al hombro y hablando quizá con contrabandistas inofensivos, paseabanse junto a nosotros. En todos los grupos se hablaba en voz baja del suicidio de que yo había sido espectador. Se daban del hecho las mas extravagantes versiones. Se aseguraba en unos que la víctima se había arrojado por la borda del

«Torquemada» para librarse de un secuestrador que se la llevava a América con el propósito de comerciarla en la trata de blancas. Otros, dada la densidad de la niebla de aquella noche, no vacilaban en admitir como cierto, que un vapor había abordado un bote haciéndolo zozobrar y que la mujer para salvar al niño, habiase ahogado también. Noté que algunos reconocieron a Jarsola y cuchicheaban por lo bajo. Cerca nosotros a nuestra derecha, había enormes calderas dentro colosal embalaje de gruesos tablones. Dos ó tres hombres robustos, removían cadenas, preparando su embrague para que a la hora de empezar el trabajo estuviera listo y el potente brazo de una grua hidráulica las levantara para colocarlas sobre los vagones de plataforma que por allí menudeaban. Nuevamente aulló el silbato potente de un vapor próximo, del que ya hemos oído, seguramente el «Arlequín.»

—¿En qué barco sale, — preguntaron a Jarsola.

—En la corbeta «Lloret.»

—¿En barco de vela? Atroz jinojo, atroz —murmuró Azcarrieta.—Yo ya no serviría..

—¿Usted es el capitán del «Lloret»?— pregunté yó? — ¡Que casualidad! Yo esta noche he acompañado mi sobrino que va de agregado. A fe que me satisface su futuro maestro.

En este momento llegamos junto a la mujer y el niño que antes había estado con nosotros. Hizo un movimiento de repulsión, intentó de apartarse, pero Jarsola la habló.

—Señora, ya llega su esposo. Desearía que sus presentimientos no fueran confirmados—y dirigiéndose a un botero que nos ofrecía sus servicios.—Sí, listo, bote enseguida y a buen bogar a bordo del «Lloret.»

—¿Me permitís acompañaros, no es cierto?—Me atreví a repetirle.

—Si, con verdadero placer. .

Ibamos a descender las escaleras, y cuando las luces de los topes y de costado formando unos halos fantásticos sobre la niebla, nos revelaban la presencia del «Arlequín». allí junto a nosotros con nuestros compañeros del «Petit Chiringuito», que nos deseaban toda suerte de venturas, sintiendo yo la impresión de partida, cómo si realmente me internara en aquel pozo de triste silencio para hundirme en las entrañas del Océano, cuando de pronto unos gritos roncos de desesperación, salieron de abordo del buque llegado:

DOLORES DEL PUERTO

—¡Máquina atrás!.. ¡Maldición!. ¡A babor!

Inmediatamente un choque enorme, un chasquido de instántaneos desgarros entre dos masas férreas, nos estremeció hasta lo mas recondito de la médula.

Un alarido de coro tendió los espacios; ruidos de rasgarse entrañas metálicas se jun-

taron; y la mujer, lanzando un grito, quedó desvanecida, oyéndose al niño que en amargo llanto gritaba: papá... papá... Un instante de silencio fúnebre que pareció un siglo, precedió. Algarabía de voces se produjo luego y Jarsola, que ya tenía un pié en el bote, vuelta a subir por las anchas escaleras, y junto con Azcarrieta y Larramendi, siguiéndoles yo, saltaron a bordo del buque atracado en el muelle de Atarazanas, al «Peñón de la Gomera» pasando a su cubierta, tropezando con las cañerías de vapor de las maquinillas, en las brasolas de las escotillas, con pilas de cuarteles, contra los bagarranetes, dando la cabeza en los amantes tesos... Los trabajadores por allí reunidos, y los boteros enseguida invadieron el castillo de popa, donde había recibido el topetazo, chocando de retruco contra el muelle y conservando aun un suave balance debido a estar descargado y tener poca estabilidad; nosotros nos precitamos a la cámara donde se oían ayes lastimerso,

mientras a bordo del «Arlequín» se producía la consiguiente confusión de gritos y blasfemias.

Jarsola y yo fuimos los primeros en llegar a la cámara, situada a popa e iluminada por pálida y rojiza luz de petróleo, y a la derecha, en un camarote del que la puerta estallosa huía de sus goznes, con sus mámparos alabeados por contraciones desesperadas. Apartando astillas penetramos dentro, encontrando el mutilado cuerpo de Narciso Crucet, ensangrentado y clavándosele todavía en mitad de la cabeza, el canto de una cuaderna partida, y acabando de saltar los pernos del ahuntamiento de las planchas que crugían al rasgarlos la proa del «Arlequín», lleno de astillas al aplastarse su botalón, contra el casco, antes de perforarse... Crucet retorcíase entre dolores inmensos; apagada la vista con horrible repiración, silbando el aire en la traquea partida por un pedazo del grueso cristal de la ventanilla... Su agonía era espantosa, y aun

continuaban los chasquidos de hierros al fregar, destrozando aun, resistiéndose los baos y abriéndose la cubierta, cuando vigorosos marineros prestos acudieron a nuestros gritos, sacando a Crucet del montón de ruinas llevaronsele inmediatamente por si eran a tiempo a la casa de socorro, pues a bordo no había botiquín alguno, ni nadie en semejantes casos, que supiera a que atenerse.

Consternados subimos a cubierta, percibiéndola toda, pues el nudo de niebla se había debilitado muchísimo; de un salto, que aun yo no lo concibo, salvando la distancia de las dos obras muertas que formaban angosta bisura, pasamos a bordo del «Arlequín», dirigiéndonos inmediatamente al puente, donde vimos a Azcarrieta y Larramendi que intentaban calmar al capitán, que en su desesperación quería imponer terrible castigo al timonel, propinándole fuertes golpes... Y al mismo tiempo imprecaba al práctico, que inmovil y trémulo estaba adosado, junto al

cuarto de derrota, sin atreverse a contestar ninguno de los improperios que los presentes le dirigían.

Jarsola fuese inmediatamente junto al capitán a quién conocía.

—¿Y pues? ¿Que ha sido esto?

—¡Este imbécil de práctico sordo..! ¡Sinó acudis vosotros, lo mato!

—¿Cómo? Este es el práctico aquél? Este es Cairó?

—Sí... para mi ruina!

Me distraí un momento para atender a la acalorada discusión de otro grupo, que debajo del puente, junto la puerta de la cámara, (estas cámaras que son cajones de hierro empotrados en la parte media del buque), persuadían al primer oficial que, enfermo y todo, al sentir el topetazo, se precipitó fuera, sin vestirse, mitad asustado, mitad animoso de cumplir la obligación en caso de peligro y necesitarse sus servicios.

—Vuélvase a la cama...—le decían.—Su

estado de fiebre no le permite estar en cubierta... y menos así desnudo.

—¿Pero que ha pasado? — y trataba en medio de la obscuridad poder distinguir si estaban en puerto, si era preciso precipitarse al agua para salvar la vida. ¡Siempre esta congoja!.. ¡heroico oficio!

—No le importe... váyase dentro, esta humedad le será perjudicial—y le obligaron a que otra vez se volviera al camarote.

—¡Pero no comprendo...! una maniobra tan sencilla, — observaban los capitanes reunidos, alrededor del capitán del «Arlequín». —¿Cómo ha podido ser...? ¡Ni tiempo de dar fondo!... Debían llevar mucha arrancada?

—Este práctico...! este inútil...! —repetía abatido el desgraciado capitán, cuando de pronto se irguió. — ¿Qué? ¿Quién habla de muertos? ¿Ha sucedido alguna desgracia?

—Crucet, el capitán del «Peñón» que estaba dormido en un camarote, donde la

embestida y ha quedado horriblemente mutilado—contestó alguien.

—¡Maldición!—rugió el desesperado capitán del «Arlequín». — Esto acabará conmigo... ¡va a ser mi ruina..!

—¿Y a quien hay que exigir responsabilidades ahora? — dijo Jarsola, aprovechando todo instante para .exteriorizar su obsesión. —¿Qué dirán ahora los que abonaban la conducta del tribunal examinador?

Sobre el puente, semejante a una tribuna al aire libre, se había armado una de conversaciones de las que yo no entendía una palabra, que parecía una tertulia... Bajo cubierta numerosos grupos conversaban con el mismo ardor. Todos los comentarios se dirigían a censurar la maniobra desgraciada y nadie se prevenía en las que podían sobrevenir. El buque a la deriva, amenazaba aplastar con su enorme masa a un bergantín goleta, amarrado a popa del «Peñón de la Gomera», y cuya tripulación sobresaltada al

oir el topetazo y los lamentos, se lanzaron a cubierta, estando todos a la borda gritando desaforadamente; y con defensas y espeques para defenderse todo lo posible de los probables destrozos que produciría la pala del timón del «Arlequín», que ya empezaba a hacer crujir la mesa de guarnición del palo mesana.

Los capitanes allí reunidos, encontrándose en su elemento y obrando cada cual por su cuenta y sin discutir, por tratarse de una maniobra vulgar, se distribuyeron a popa y a proa; y como la gente abundaba y se prestaron a ser útiles, dieron las órdenes oportunas, y gracias a tener vapor para las maquinillas, bien pronto tuvieron cobrados y tesos las estachas y calabrotes que diligentemente encapillaron en las bitas del «Peñón de la Gomera», quedando los dos buques, al poco tiempo, perfectamente abarlobados.

En el muelle, la esposa del primer oficial enfermo, cuando recuperó el sentido, fué

presa de horrible desesperación, intentando deshacerse de los hombrazos que la sujetaban: teniendo ellos buen cuidado en no soltarla por cuanto los desgarradores lamentos de ¡esposo mío!, ignoraban si los lanzaba por presentir que el muerto era su marido, y queríanla evitar la dolorosa impresión de la realidad. Al niño abrumábale aquel hervidero de hombres, ajetreo y zumbido de vulgo emocionado, añadiéndose el repetido silbato de sirenas pidiendo auxilio, que algunos alarmistas precipitados, hicieron sonar.

DE AQUELLOS POLVOS...

El capitán del «Arlequín» quedando abatido, sentóse, por hábito, apoyando las nalgas en la barandilla del puente, desesperándose, maldiciendo, jurando...

—¡Qué hora mas tonta...! ¡Qué maldición! Yo que en mi vida confié de los prácticos. Sucederme esto a mi. . a mi, en el puerto de Barcelona..! ¿De qué me ha ser-

vido salvar todas las situaciones difíciles si en un instante mi reputación queda destruida?

El práctico gordo y bajito, el mismo que hemos visto repugnar de admitir el cadáver de Cristina, seguía yerto, como atontado, impotente para desesperarse, enojarse ni defenderse.

Azcarrieta que apesar del alcohol absorbidos en aquella noche, era el que gozaba de mayor serenidad, se había convertido expontáneamente en capitán interino de los dos buques, mandando desalojar las cubiertas de ellos de gente inútil, y prohibiendo la entrada a mas curiosos que por momentos afluían, ya que bastantes entraron por la parte de mar; puesto que a las llamadas de auxilio, el remolcador «Setanti» de la Junta de Obras del Puerto, que tenía la máquina encendida, acudió el primero a prestar auxilio si necesario era, divisándose después las dos chimeneas de los barcos-bombas, con su silueta

de torpedero, dispuestos a achicar bodegas inundadas; y atracando al costado, una lancha del cañonero «Temerario» con botiquín apropósito, que no fué en balde, puesto que algunas contusiones y leves heridas sufridas por marineros, admitieron ligera curación.

—Pero yo no me explico esto — repitió por cuarta o quinta vez Jarsola,—no se como pudo ser: una maniobra tan fácil...

— Es mi fatal estrella, Jarsola, — repuso el capitán,—tantos años que llevo mandando buque y jamás me había pasado una cosa semejante. Llevo mi primer oficial gravemente enfermo; el segundo es un chico que tiene poca navegación y no quiero fiarme de él... ¡Mejor hubiera sido!... A él dejé a popa... y yo vine a proa para suplir al primero, y más cuando había tanta neblina y al observar que el práctico no quería moverse del puente. Llegamos aquí, y ví que íbamos sobre una lancha llena de mercancías: grité el peligro, ví que la maniobra no

respondía a mi aviso .. Me acordé de que el práctico que llevábamos era el *sordo*, y grité al timonel la maniobra necesaria... De primer momento obedeció... después cambió otra vez... oí el timbre de la máquina cuando no lo ordené... y no lo oí cuando me precisaba... Furioso me dirigí al puente y al momento de llegar siento crujir los hierros y se cumplió la catastrofe: el práctico no se había percibido de mis gritos .. Cuando vió al timonel mover el timón, él que obraba por tanteo, por experiencia, por rutina, le reconvino; el timonel quiso sincerarse apelando a mi mandato; el práctico no lo entendió, y dió máquina avante para enmendar lo que él consideró error... y cuando hizo máquina atrás al darse cuenta del peligro, no pudo enmendarlo llegando a este final tan desastroso.

CONSOLACIÓN

Jarsola díbujó en su rostro una sonrisa

siniestra... su alma parecía exhalar una oración en honor a la vivificadora venganza... En aquel instante, era preso de una sensación de agradable criminalidad... estaba satisfecho del accidente... No pudo menos de estrecharme fuertemente del brazo y en voz baja casi como un suspiro me dijo:

—Puedo marcharme satisfecho.. ¡Cristina está vengada!

Por entre los velos de la bruma se descubría una claridad mortecina: el alba que apuntaba descubriendo las siluetas difumadas de la enorme arquitectura naval. Oíanse ya el pitar de pequeños remolcadores, el chirriar de la maquinaria... murmullos lejanos de grupos de obreros que se prestaban al trabajo...

—Jarsola... que es tarde...—observó Budallés con manifiesta impaciencia y al cual no había visto durante aquel trajín.

—Oh!... sí, es verdad... vóime... — y dirigiéndose a mí.—¿No me acompaña?...

—Sí... pero... vengo enseguida, me despediré de...

—... De nadie...; nosotros ni despedirnos podemos... Vámonos.

Bajamos precipitadamente la palanca, y pasamos a las escaleras de la Puerta de la Paz... viendo aun a la esposa del primer oficial del «Arlequin» en horrible desespero, tratando Natalia de consolarla; mientras su jamona compañera tomaba al niño, intentando sustraerlo de aquel tumulto, por si podía acallar sus lamentos y secar sus lágrimas.

Subimos al bote, y el botero tuvo la mala ocurrencia de recordar lo de la noche... —

—La chica que esta noche se ha suicidado, ha cogido aquí mismo un bote del «Carbonero»; ella lo ha desmarrado bogando con maestría. A mí me extrañó pero no me atreví a seguirla. ¡Mejor hubiera sido! Dicen que era la hija del capitán que iba en el

«Casanovas». ¡Aquél si que era un buen hombre! Yo navegué con él y no hubiera titubeado en dar mi vida para defenderlo. De capitanes así ya no quedan. Hoy día aman mas unos galones inútiles que a la carrera y al prójimo. Ustedes perdonen. Ya sé que hay de todo.

Jarsola no pudo resistir mas emociones y púsose a sollozar; y yo respeté su dolor e hice señas al botero que callara, quedando con una expresión de extrañeza y resignado; y a pesar de las ganas de charlar, siguió remando con todas sus fuerzas segun las órdenes recibidas.

HACIA EL MAR

Yó, sentado en la incómoda banquilla de popa del bote, dije a Jarsola que evaporara en sus lágrimas y sollozos todo el espíritu siniestro de su récia pena y quedé contemplando a mi alrededor. Todo, agua plomiza, brillando como si fuera acero; todo, mue-

lles y almacenes; todo, buques; apagándose las luces; creyéndose uno, encerrado en el foso de ciudad inundada y cuyas arcadas se extendieran bajo titánica marquesina de cristales turbios.

Aclaraba.

La bruma iba desapareciendo; se esfumaba a impulsos de un airecillo frío y húmedo. Por encima de los tinglados, y por nuestra situación, tras la multi-truncada cubierta de unos trasatlánticos, tonos rosados y anaranjados con aspectro morado, denunciaban el sol que triunfaba de la niebla, solo al anunciar que iba a subirse sobre el horizonte.

A lo largo del muelle de España y a medida que avanzábamos, distinguíamos nuevos buques atracados, echando por sus chimeneas suave humareda, una esfumación gris que manchaba el cielo de azul sucio. En el muelle de pescadores, un enjambre de laudes, con sus vergas inclinadas como no pudiendo soportar el peso de largas entenas recargadas

con redes color de vino. Frente a nosotros en el muelle del Rabaix, el «Lloret», desamarrado del todo, con el remolcador, pitando desaforadamente, unido al velero con recio cable y esperando arrancarlo de su quietud y llevárselo fuera del puerto para abandonarlo a la voluntad del viento y al ingenio de los hombres. En el castillo de proa del «Lloret», ya con sus velas desaferradas, había varios hombres que se movieron presurosos al vernos... Yo me atreví a tocar el hombro de Jarsola para anunciarle que estábamos al punto de destino. En aquel rincón, las aguas dormidas eran festoneadas por polvo de carbón, pajas, pedazos de madera, de pan, de papel, turbando su tranquilidad al ciar rápidamente nuestro bote casi estrellándose en la escala real, al costado ventrudo del «Lloret», al cual subimos presurosos, advirtiendo yo al botero que se aguardara.

En el portalón estaba el armador, hombre de mal carácter, quizá hastiado de tanto lu-

char con un negocio tan costoso y tan poco productivo como el de buques veleros y reprendió severamente a Jarsola, quien, al parecer, estaba perfectamente respuesto, presentando humildemente sus escusas.

—Casi, valdría la pena de no salir hoy—observó el armador.—Si entabla viento de fuera, día perdido.

Jarsola no replicó y pasando rápidamente a proa dando órdenes al piloto, saltando por encima los rollos de drisas, ostagas y apagapenoles, se trasladó a popa, miró el compás, dió órdenes al timonel, ayudó a unos marineros a atar un cabo... se multiplicaba. Yo me despedí por segunda vez de mi sobrino que andaba atontado debajo aquella red de *cuerdas* de las que no sabía adivinar la utilidad, las que él ignoraba por su nombre atolondrándose al mandarle algo que ni sabía por donde empezar. Yo le dije que tenía gran amistad con el capitán y recomendéle lo admirara como a un héroe.

OTRA VEZ LOS NOVIOS

En esto me dí cuenta que el «Lloret», arrastrado por el remolcaldor de espesa y negra humareda, seguía camino, estando ya nosotros cerca la canal, entre los muelles de Barcelona y Cataluña. Asi divisé: un tren eléctrico arrastrando minúsculos vagones llenos de argamasa, por entre un laberinto formado por las angostas fisuras que quedaba de bloque y bloque; un Goliat suspendiendo un paralepípedo enorme; descubrióse la dársena de San Beltrán con sus vapores en andana, cubiertos por espesa bruma negra de carbón y humo acre; al fondo Monjuhic cortado a pique, coloreándose su alrededor de los tonos que las brumas cercanas al sol comunicaban a sus compañeras de poniente.

El armador nos avisó que yá era hora de abandonar el buque, y él, fué el primero que se dispuso a bajar al bote después de despedir a Jarsola con esta frase:

—¡A ver si este viaje será corto! Nos conviene poque si nó, se comerá el flete.

—Desafiaré los elementos para satisfacerle,—respondió Jarsola; y dirigiéndose a mí añadió.—Usted, sea quien sea, cumpla lo prometido: vuelva a reunirse con aquellas buenas gentes y honren debidamente a Cristina.

Tras de mí, siguieron, la vieja dormilona y la jovencita apetecible y vivaracha que demostraba no estar satisfecha de una noche entera de contínua despedida, pues enjugábase la niña sinceras lágrimas que enternecieron al piloto, que bajó presuroso a enjugárselas con el calor de tres o cuatro ardientes besos y un frenético abrazo. Hasta la cara del armador malhumorado, tuvo un estremecimiento de sonrisa.

—¡Matilde! ¡niña! .. esto no esta bien!—gritó la vieja escandalizada.

—Mamá... no importa... Cuando volverá de viaje ya será mi esposo.

El piloto había desaparecido para ir a ocupar su puesto. Nosotros nos quedamos en nuestros tres botes respectivos empequeñecidos, desamparados e inmóviles, mientras se extendían en la calma las trapezoidales velas, cerniéndose sobre el casco con majestad tranquila.

El sol prodigaba sus roijzos resplandores; tornándose el agua azul, al servir de espejo a un cielo sereno que arrinconaba la niebla en copos de algodón obscuro que se depositaban en la lejanía del horizonte, donde vimos empequeñecerse el «Lloret», fuera puntas, abandonado ya por el remolcador que volvía extendiendo su densa cabellera de humo.

Los de los tres botes, nos despedimos ceremoniosamente y cada cual siguió su ruta, llevando dentro aquella cáscara un sentimiento distinto: amor, interés y cuiiosidad.

EPÍLOGO

Ví al «Setanti» remolcando una serie de gánguiles cargados de bloques y grava; una draga con su cresta de cangilones; el barco bomba arrastrando una altísima y corpulenta grua flotante; remolcadores pequeños arrastrando barcazas abarrotadas de balas de algodón y fardos de pieles; humo, movimiento, gritos, olores diversos...

Pero no estaba mi ánimo para contemplarlo: me sentía cansado, abstraído por los insignificantes sucesos de aquella noche.

Al llegar a la Puerta de la Paz, vibrante de luz de sol y movimiento, aun encontré a los dos marinos vizcaínos; y al despedirme, después de concretar cuando volveríamos a reunirnos para tratar sobre el entierro de Cristina, Azcarrieta me dijo.

—Evidentemente Jarsola tiene razón.... ¡Pero bah! ¿Quién es capaz de creer lo que ha pasado aquí esta noche?

—Sí, verdaderamente, nadie lo creerá—repetí yó.

—Pues para qué preocuparse ¡concho!—murmuró por fin el capitán encogiéndose de hombros y marchando por su ruta.

***

Llegué a casa y encontré a mi hermana Carmen, explicándome que había soñado que Paco era yá Ministro de Marina.

¡Psé!

FIN

DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACIÓN

ESENCIA DE AMOR

(FILM BARCELONÉS)



Precio UNA peseta

J. RIERA, IMPRESOR
RIERA BAJA, 11 y 13
: TELÉFONO 3385 :
: : BARCELONA : :